EL TEATRO MODERNO



50 CTS

J. I. Luca de Tena

Las Hogueras de San Juan

Gago XXIX

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Juan Ignacio Luca
de Tena

LAS HOGUERAS DE SAN JUAN

DRAMA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

Se estrenó en el Teatro Español, de Madrid, el 5 de marzo de 1929



PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 16-III-1929 NÚM. 186

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Nora...	*Carmen Larrabeiti.*
La Marquesa del Cerro de Cabuérniga...	*Rosario Pino.*
Isabel...	*Socorro González.*
Asunción...	*Encarnación Bofil.*
Santiago, Obispo de Terenco... ...	*Emilio Thuillier.*
Juan...	*Carlos D. de Mendoza.*
El Duque de San Juan...	*Ricardo Juste.*
Enrique...	*José Guerra.*
Julito...	*José Capilla.*
El Marqués del Cerro de Cabuérniga...	*Carlos Casterot.*
Santaella...	*Angel Ortega.*
Marsilio (criado viejo)...	*Fausto Montojo.*

Derecha e izquierda, las del actor.—Epoca actual.

A RAFAEL SANCHEZ MAZAS

que no quiso escribir conmigo esta obra, con inquebrantable amistad,

JUAN IGNACIO.

ACTO PRIMERO

Estancia muy amplia en el palacio que, en las inmediaciones de Solorza, pueblecillo costero de la provincia de Santander, posee el Duque de San Juan. En el lateral derecha, en primer término, una gran chimenea, y en segundo, una puerta. En la derecha del foro, una puerta comunica la escena con una terraza pequeña que da al jardín, a la vista del público. Entre el foro y el lateral izquierda hay otro hueco muy grande, que comunica con el *hall*. Al fondo de este *hall*, un gran ventanal de vidrieras. En el lateral izquierda, puertecilla que comunica con habitaciones interiores. La mayoría de los muebles, de estilo español, severos y sencillos, contrastan con algunos ingleses y tal cual cachivache moderno. En uno de los testeros, muy a la vista del público, un gran retrato al óleo de un Cardenal romano. Media la tarde de un caluroso día de junio. Al levantarse el telón, están en escena Isabel y Julito. Ella frisa en los veinte años y es muy linda. Julito, su primo, tiene la misma edad, y en su cara se advierten los rasgos característicos de la idiotez. Los dos están sentados ante una mesa, y ella le da lección con un libro en la mano.

ISABEL. (*En el mismo tono que si estuviera con un niño de cinco años.*) Noé...
JULITO. Noé...
ISABEL. Entró en el arca...
JULITO. Arca...
ISABEL. Con un par de animales...
JULITO. (*Muy aburrido.*) Animales...

ISABEL. De cada especie.
JULITO. Ecie.
ISABEL. A ver, Julito; ahora todo junto.
JULITO. ¿Qué es eso de ecie, prima?
ISABEL. Que metió dos animales de cada clase: dos palomitas, dos borriquitos, dos corderitos, dos gallinitas...
JULITO. ¡Quiá!
ISABEL. Sí, hombre.
JULITO. ¿Y no metió ningún gallinito?
ISABEL. ¡Sí, sí! Un gallo y una gallina.
JULITO. Ya decía yo. ¿Entonces no metió dos gallinas?
ISABEL. No.
JULITO. ¿Tampoco metería dos burritos?
ISABEL. Tampoco: una burrita y un burrito.
JULITO. ¿También una burrita y un burrito?
ISABEL. Eso es.
JULITO. De nuestra casa, ¿quién hubiera ido? ¿Juan y yo, o tú y yo?
ISABEL. No sé, hijo.
JULITO. ¡Como todo el mundo dice que soy un animal!
ISABEL. (*Con paciencia.*) Anda, vamos a seguir la lección. (*Sale Asunción por la izquierda. Es el ama de llaves. Trae una gran tarta de dulces.*)
JULITO. Asunción: ¿tú sabes el arca de Noé?
ASUN. Claro que sí.
JULITO. Asunción no hubiera ido, que es ya muy vieja para navegar. Isabel me ha dicho que el arca era como una barca grande.
ISABEL. ¿Qué traes?
ASUN. De las monjitas nuestras, señorita.
ISABEL. ¡Qué tarta más preciosa! Ni sor María ni sor Visitación me dijeron ayer nada.
JULITO. Cuando a mí me daba lección sor María, entonces sí que aprendía, sí. Y me divertía muchísimo. ¡Aquélla sí que enseñaba educación! ¡Y qué educación! ¡Aquélla sí que...!
ASUN. ¡Si viera la señorita...! Han traído también la felicitación para el seyor Duque, como todos los años. ¡Qué letras y qué versos! No pueden ser más que de sor Rosalía. Y unos escapula-

rios para el señorito Juan, bordados finísimamente; no pueden ser más que de sor Aparecida. ¡Qué santas y cómo nos quieren! (*Mutis por el foro izquierda.*)

JULITO. ¿Por qué no me felicitan a mí?

ISABEL. Porque mañana no es tu santo.

JULITO. Será el santo del tío, será el santo del primo, será el santo de todo el mundo. ¡Hasta del hijo del jardinero!... ¡Y el mío, no!

ISABEL. Porque tú no te llamas Juan. Mañana será San Juan Bautista. Anda, vamos a seguir la lección. ¿Dónde nos habíamos quedado?

JULITO. No me acuerdo; pero apostaría que en el final.

MARS. (*Criado viejo. Por el foro derecha.*) La señora Marquesa del Cerro del Pilar.

ISABEL. ¡Ah! Que pase.

MARQU. Y paso, sin que me lo digan. ¡No faltaba más! ¿Cómo estás, Isabel, hija mía?

ISABEL. ¡Pilar! ¿Qué tal? (*Saludos. Marsillo hace mutis. Julito se parapeta tras el respaldo de un sillón, y de cuando en cuando asoma la cabeza, incorporándose para hablar y volviéndose a ocultar otra vez.*)

MARQU. (*Habla siempre muy de prisa.*) ¡Hija, ésta no es vida! ¡Las siete de la tarde, y hasta ahora no he podido venir. ¡Qué día llevo! ¡Qué día, qué día! A las ocho, como siempre, fuí a misa. El Arcipreste sigue terne con el vicario para que no se traigan aquí las monjas del Santo Angel de Libourne. Cabeza dura el Arcipreste. Por supuesto, que todo son intrigas de las dominicas. Excuso decirte que he tenido una pelotera con el Arcipreste que ha durado hasta las diez y veinticinco; ronca estoy aún. Tu padre lo va a saber hoy mismo todo. ¡Hoy mismo lo va a saber todo tu padre! Quiero que el asunto llegue a Roma esta misma semana. A tu tío, el Obispo, ni una palabra; pero ni una palabra, ¿eh? Ya sabes cómo las gasta. A las once tuve en casa reunión de la Junta de Caballeros. ¡Ay, qué hombres! Si no me tuvie-

ran a mí, no harían nada. ¡Hasta el himno de los sindicatos lo he tenido que hacer yo! Muy militar dicen todos que me ha salido.

JULITO. (*Asomando la cabeza por detrás del sillón.*) ¡Ju, ju, ju!

MARQU. Veremos el músico qué tal se porta. A las tres de la tarde ya estaba, con el automóvil, en Santander, donde he tenido una verdadera (cuestión personal con el Gobernador de la provincia. Figúrate que nos quiere negar el piquete para la fiesta del veintiséis. ¡Por supuesto, que a estas horas ya lo saben en Madrid! Yo misma he telegrafiado a Miguel, y te juro que nos envía otro Gobernador o me sumo yo a la conjura ésa, y va a tener que marcharse de España.

JULITO. (*Asomando la cabeza por detrás del sillón.*) ¡Ju, ju!

MARQU. ¡Ay, Julito, hijo! Perdona, que no te había visto. ¿Cómo estás, precioso?

JULITO. Bien. ¿Y usted? ¿Y el Marqués?

MARQU. Con sus cosas. Tres días lleva en cama.

JULITO. ¿Y Soledad? (*Vuelve a ocultarse.*)

MARQU. Peor.

ISABEL. ¿Peor?

MARQU. Sí, hija, sí; con la dichosa sinobitis. Tres meses lleva en cama. Y con estas cosas no he podido ocuparme del pobre Javierito, a quien tendremos que operar pronto. Mi casa es una policlínica. A ti también te encuentro desmejoradilla. ¿Y Enrique?

ISABEL. Cuatro días hace que no le veo. Creo que está en el campeonato de *tennis* de Zaldívar.

MARQU. ¡Valiente sinvergüenza! Yo no sé cómo tu padre te consiente esas relaciones. ¡Si tu pobre madre viviera...! ¡Ella, acostumbrada a un hombre como tu padre, verdadero modelo de caballeros españoles y cristianos...!

ISABEL. Pase usted allá dentro. Ahora le veremos. (*La Marquesa e Isabel inician el mutis por la primera izquierda.*)

MARQU. (*Mirando el gran retrato pintado al óleo, que reproduce a un Cardenal romano.*) Estos eran hombres de los que ya no nacen. ¡Un Carrillo de Albornoz quisiera yo haber sido! (*Mutis.*)

JULITO. (*Solo.*) ¡Qué gustos más raros tiene esa señora! ¡Mira que un carrillo!... (*Infla uno de los suyos, llenándose la boca de aire, y lo hace salir dándose un golpe con la mano. Llega Marsilio por el foro derecha (del jardín) con una carpeta llena de papeles, que deja sobre una mesa, en primer término izquierda.)* Marsilio, ¿van a ser ya las hogueras?

MARS. Cuando sea de noche.

JULITO. ¿Y cantarán como el año pasado, y vendrán los hombres a felicitar al tío y al primo, y les daremos dulces y cigarros, como el año pasado?

MARS. Lo mismo, lo mismo. *(Mutis por el foro izquierda.)*

JULITO. ¡Ay, qué bien, qué bien! *(Inicia el mutis dando saltos por el foro derecha, y al llegar a la terraza se da un fuerte encontronazo con el Duque, que llega seguido de Santaella, su secretario y administrador, todo en una pieza. Santaella es cojo y bizco. Trae en la mano una carpeta con papeles.)*

DUQUE. ¡¡Ay!!

JULITO. ¡Santa Bárbara!

DUQUE. ¿Adónde vas, hombre?

JULITO. ¡A las hogueras, a las hogueras, que es noche de San Juan! *(Mutis.)*

DUQUE. Este pobrecillo empeora día por día.

SANTA. Nueva prueba de la caridad inagotable de usted, señor Duque, el tener en su casa a este muchacho.

DUQUE. ¿Qué voy a hacer? No tiene más parientes que nosotros.

SANTA. Aquí estará usted mejor.

DUQUE. Sí, que se ha levantado un vientecillo...

SANTA. Todas las tardes refresca antes de ponerse el sol.

DUQUE. Pues, como le decía, querido Santaella, yo no puedo estar conforme con claudicaciones ni egoísmos disfrazados. Un regionalismo bien entendido, español y netamente católico, sí. Para otra cosa que no cuenten conmigo. ¿Qué más?

SANTA. Circulares y prospectos de la fundación nacional Cervantes; lo que esperábamos. Vienen con una carta del señor Conde del Olmo. Ya sabe el señor Duque de qué se trata: un gran sanatorio para militares mutilados, empleados administrativos y escritores: las tres profesiones de Cervantes. El proyecto consta de tres lujosos pabellones, uno para cada clase de enfermos. La gran suscripción nacional debe alcanzar varios millones. Don Alfonso la encabeza con diez mil duros, el Gobierno dará quinientas mil pesetas, y se pretende cubrir el resto en una gran colecta hispanoamericana.

DUQUE. Sí, sí; las cosas nacionales, querido Santaella, parecen muy hermosas en proyecto; pero en la práctica... ¿Quiere usted decirme qué provecho ha de resultar de que convivan, por ejemplo, militares buenos y malos, escritores creyentes y descreídos, empleados de las derechas o de las izquierdas más rabiosas?

SANTA. Su hermano de usted, el señor Obispo, y otros prelados figuran ya con donativos importantes.

DUQUE. En fin, ya veremos... Consultaré a Madrid. Así, de pronto, yo no puedo comprometerme. Mis puntos de vista son diferentes a los de mi hermano en muchas cosas. Póngame mañana a la firma una carta muy amable para el Conde del Olmo, diciéndole que, por el momento, reservo mi determinación.

SANTA. *(Tomando nota.)* Perfectamente.

DUQUE. Si se tratase de una obra netamente nuestra sería otra cosa.

SANTA. Más peticiones de dinero. Los hermanos franceses de la obra de Besiere se instalan en esta provincia.

DUQUE. Ya me han hablado de eso. Diga usted que daré diez mil pesetas anuales.

SANTA. *(En tono de respetuosa protesta.)* ¡Señor Duque...!

DUQUE. El provecho social que ha de reportar esta enseñanza técnica y agraria será enorme. Y no se diga puesta en manos del pío Instituto de Besiere. A la Comisión encargada de recaudar socorros para los hijos de los huelguistas de Piedras Negras conteste usted que lo siento mucho..., que tengo muchas obligaciones: una carta bien urdida de disculpa...

SANTA. *(Apuntando.)* Bien, señor Duque.

DUQUE. Y envíe usted dos mil pesetas al cura párroco de Piedras Negras para los hijos de los huelguistas. Ocultando mi nombre. ¿Qué más?

SANTA. Ya tiene usted algunos telegramas de felicitación para su santo. Entre ellos éste, que por su importancia me voy a permitir leer al señor Duque: "Con el afecto de siempre, os deseo a ti y a tu hijo todo género de venturas el día de (vuestro santo.—Jaime."

DUQUE. El Señor siempre tan bondadoso. Ningún veinticuatro de junio se olvida.

SANTA. Otro telegrama que no es de felicitación, porque la cabecita loca que lo puso se olvidó, sin duda, del día que es mañana; pero que tampoco carece de importancia.

DUQUE. ¿De mi sobrina Nora?

SANTA. Exacto. Desembarcó ayer en Santander, con una familia que la acompaña desde la Argentina. Se encuentra allí con ellos, y anuncia que pronto les abrazará a ustedes.

DUQUE. Me desagrada esa visita, querido Santaella. No puedo negarme a tener a Nora unos días entre nosotros, siendo prima carnal de mis hijos, hija de la única hermana de mi pobre mujer. Desde que era muy pequeña no la hemos visto; pero sospecho que ha de ser muy distinta a nosotros. Educada allá, en la Argentina, por su padre; mejor dicho, sin educar, porque mi

concuñado ya saben todos cómo es: un hombre sin creencias y, en otros sentidos, sin sobra de escrúpulos; que, según dicen, ha hecho en América una gran fortuna en pocos años... ¡Dios sabrá cómo!

SANTA ¡Caramba, señor Duque, yo no creo...!

DUQUE. Que el Señor me perdone el mal pensamiento. Ahora, después de tanto tiempo, se le ocurre a Nora venir a pasar una temporada en España... Se lo ha escrito a mi hija Isabel, y... ¿cómo no invitarla a pasar unos días con nosotros? Espero que sean pocos, y lamento que coincida aquí su estancia con la de mi hermano.

SANTA. ¿En qué puede estorbarle el señor Obispo?

DUQUE. *(Ocultando su pensamiento.)* En nada, tiene usted razón. *(Por el foro derecha llega el señor Obispo. Viene en traje de diario: abrigo y sotana negros con ribetes morados, sombrero y bastón. Poco después que él sale Marsilio por el foro izquierda, le ayuda a quitarse el abrigo, y se lo lleva, con el sombrero y el bastón, por el foro izquierda.)*

OBIS. Hermano, Dios te guarde.

DUQUE. ¡Hola!

OBIS. *(A Santaella, que le besa el anillo.)* Y a usted también, amigo Santaella.

SANTA. Buenas tardes, señor Obispo.

DUQUE. *(A Santaella.)* Puede usted llevarse estos papeles. *(Santaella hace mutis por el foro izquierda. Quedan solos el Duque y el Obispo.)*

DUQUE. ¿Viniste a pie? ¿Desde dónde?

OBIS. Dejé al familiar, y nos dejó a los dos el automóvil a la puerta del jardín. He venido dando un paseo delicioso, descansando el espíritu y el cuerpo del automóvil... y del familiar.

DUQUE. ¡Je!

OBIS. Está la tarde que es una bendición de Dios. *(Se sienta.)*

DUQUE. Dime, Santiago.

OBIS. Pregunta...

DUQUE. ¿Piensas permanecer mucho tiempo entre nosotros?

OBIS. ¿Estorbo?

DUQUE. ¡Qué cosas tienes, hombre!

OBIS. Me figuro que no, ya lo sé. ¿Puedes decirme, entonces, a qué se debe tu extraña pregunta?

DUQUE. Verás... De la fecha en que te vayas depende que Juan se marche o no contigo. Por eso yo quería saber...

OBIS. ¿Por querer saber eso me preguntas lo otro? Perdona mi incomprensión... ¿Y estás decidido a que Juan comience este año sus estudios?

DUQUE. Yo, no; él. El es quien está decidido. Yo no hago más que acatar su voluntad. Mi hijo es un santo. Su único sueño, tú lo sabes, consiste en ser ministro del Señor.

OBIS. Respetemos sus altos designios. Referente a su sueño..., que es tu deseo, no quiero pensar lo mismo.

DUQUE. ¿Qué dices?

OBIS. Que mientras todo fué cosa de juego, mientras que Juan se limitaba, en sus entretenimientos de niño, a colgarse de los hombros el tapete encarnado de alguna mesa, diciendo que quería ser Cardenal, y tú a reírle la gracia, todo podía pasar como una probabilidad para el futuro. Ahora...

DUQUE. Tú pusiste el plazo. Mi hijo podía haber comenzado ya sus estudios. Quisiste que cursara antes otra carrera.

OBIS. *(Serio.)* Otra, no. Ese adjetivo suena mal en tus labios, Juan.

DUQUE. Una, perdona: tienes razón. Ya es abogado, acaba de cumplir veinte años...

OBIS. Y el plazo que yo pedí llega a su término. Es verdad. Por eso deseo prolongar mi estancia este verano en vuestra casa, para convencerme por mí mismo de si es firme la vocación de Juan..., antes de que sea Cardenal. ¡Je!

DUQUE. Primero será un buen sacerdote.

OBIS. Y luego, Obispo, como yo; y más tarde, Car-

denal, como nuestro pariente. *(Señalando el retrato.)* ¡Si te lo he oído mil veces! Le has educado para eso.

DUQUE. Lo dices como si te pesara.

OBIS. Que tu razón no admita que puede no serlo, que no creas que puede servir a Dios en otro estado, eso es lo que me pesa. ¿Y dónde está ese galopín? No lo he visto esta tarde.

DUQUE. Salió temprano a dar un paseo a caballo. Ya me preocupa que no haya vuelto.

OBIS. La Iglesia da prueba de sensatez cuando desconfía de una vocación. Son pocos los elegidos.

DUQUE. Ya lo sé, Santiago. Pero ¿por qué no ha de serlo mi hijo, como lo fuiste tú, como...? *(Señalando el retrato del Cardenal.)*

OBIS. ¡Ay! ¡Acuérdate, hermano! Yo, primogénito de nuestra casa, no pensé nunca durante mi niñez y mi adolescencia en ser sacerdote. Mis juegos de niño eran a las batallas, y de adolescente, a las novias. Creí que había nacido para ser Duque de San Juan, siempre para servir a Dios; pero en otro estado. Fué después cuando hallé mi verdadero camino. Y tú sabes a costa de qué gran dolor de mi vida. Nunca he pretendido ser santo, como tu hijo: pero recuerda tú cómo han llegado a serlo todos: unos, mártires, sufrieron tormentos corporales atroces por defender su fe; otros, pecadores, torturaron su espíritu y su cuerpo hasta purificarse de tal modo, que cuando llegaron al Cielo habían sufrido ya en la Tierra los tormentos del Purgatorio; otros, misioneros, soportaron hambre, y sed, y persecuciones por difundir la doctrina de Cristo en tierras salvajes; y otros, apóstoles, y fundadores otros; ¡hasta sabios y héroes! Tu hijo puede llegar a todo eso, ¡quién lo duda! Pero hasta ahora sólo es un estudiante aplicado de la Universidad de Deusto, inocente, tímido, sin haber sufrido nunca, sin conocimiento del mundo, y que tú pretendes que sea santo de un golpe,

DUQUE. Hay otros santos que sólo fueron adolescentes fervorosos.

OBIS. ¡Bah!

DUQUE. En Italia, San Luis Gonzaga...

OBIS. Cuyo padre se oponía, por cierto, a su vocación religiosa.

DUQUE. Y muy recientemente, ahora está de moda en Francia, la "petite Sainte Therese", con su sencillez.

OBIS. ¡Bah! Mira, mira: déjame a mí de modas, y de sencilleces, y de tonterías. Si en Francia tienen una pequeña Santa Teresita sencilla, nosotros tenemos en Avila una Santa Teresona muy grande. Y doblemos la hoja, que llevamos demasiado tiempo hablando de cosas serias, y eso no va con mi carácter. *(Se levanta, coge un pitillo de una caja y lo enciende.)*

DUQUE. ¡Ja, ja! ¡Qué cosas tienes! *(Por la izquierda salen la Marquesa e Isabel.)*

OBIS. ¡Hombre! Cuánto bueno.

DUQUE. Pilar... ¿Qué tal?

MARQU. En casa, todos hechos una piltrafa.

OBIS. ¡Siempre exacta en las expresiones!

MARQU. Yo, como una roca. No me parte un rayo. *(Besándole el anillo al señor Obispo.)* Santiago..., esta mañana supe que habías llegado. ¿Cómo estás?

OBIS. Siempre admirándote a ti. Y compadeciendo a los de tu casa. Cuando tú, fuerte como una roca, entras en aquella mansión de seres débiles, debe hacerles el mismo efecto que un terremoto. *(Empieza a anochecer lentamente.)*

MARQU. ¡Y que lo digas!

DUQUE. ¡Siéntate!

MARQU. *(Sentándose.)* Un minuto nada más. No quería dejar de venir para felicitaros a tu hijo y a ti, porque no sé si podré hacerlo mañana; pero tengo mucha prisa. Van a dar las ocho. Quiero estar antes de las nueve en mi casa, y aún me quedan por hacer doce a catorce cosas en Solorza, entre ellas ir a decirle al pá-

rroco que es un mamarracho, con tu permiso.

OBIS. ¡Dios me libre! Con el mío, no, hija.

MARQU. Pues me lo tomaré yo sola. ¡No faltaba más! ¿Tú sabes lo que ha hecho? Mejor dicho, lo que ha pretendido hacer, que ya se lo he desbaratado yo todo con sólo cuatro gritos que le he pegado al alcalde.

DUQUE. *(Que estaba distraído.)* ¿Le has pegado al alcalde?

MARQU. Cuatro gritos.

DUQUE. ¡Ah...!

OBIS. Entonces, menos mal.

MARQU. Pero si no me hace caso, puede que sea capaz de convertir los gritos en otra cosa. *(Al Obispo.)* Con tu permiso.

OBIS. ¡Y dale!

DUQUE. ¿Has visto, Isabel? Cerca de las ocho; tu hermano no ha vuelto, y salió a las cuatro. ¿Tú sabes qué caballo llevaba?

ISABEL. Creo que la "Lucera".

DUQUE. Ve a enterarte, haz el favor. ¡A ver si se ha dado un golpe!

ISABEL. No creo, papá. Juan es buen jinete. *(Mutis por el foro derecha.)*

MARQU. Pero muy pazguato.

DUQUE. ¡Pilar...!

MARQU. Querido Juan: yo digo siempre lo que pienso.

DUQUE. Ya, ya...

OBIS. ¿De manera que tu carísimo esposo...?

MARQU. Cada día más reblandecido.

OBIS. ¡Je!

MARQU. ¡Y con unas manías...! Figúrate que la semana pasada se empeñó en que le visitara ese médico nuevo, tan jovencito, que hay en Santander, y que dicen que tiene mucha fama. Se me puso tan terco, que, por no oírle más, le llamé. Vino la eminencia, le auscultó, le tomó el pulso, le hizo sacar la lengua, le apretó con un dedo en las mejillas, le miró los ojos, le recetó no sé qué porquería... y nos quiso cobrar mil pesetas.

OBIS. Pero ¿no las cobró?

MARQU. Ya me conoces. Le dije que para robar se fuera a Sierra Morena.

DUQUE. ¿Así le dijiste?

MARQU. Como lo estás oyendo.

OBIS. ¡Je! Y él, ¿qué te contestó?

MARQU. El respeto que debo a tus hábitos me impide repetirlo.

OBIS. ¡Ja, ja, ja!

DUQUE. Perdonad. *(Se levanta.)* Estoy preocupado, no puedo remediarlo. *(Sale Marsilio por el foro derecha.)* Marsilio: dile al mecánico que prepare el "auto" grande. Voy a ir yo mismo a ver si encuentro al señorito.

MARS. El señorito llegó hace un rato, señor Duque. Está en el jardín hablando con la señorita Isabel y con Julito.

DUQUE. Nada entonces. *(Mutis Marsilio.)*

OBIS. ¿Ves tú, hombre?

DUQUE. Gracias a Dios. Pero no me negarás que era para preocuparse.

OBIS. Se habrá entretenido. *(Sale Isabel por el foro derecha.)*

ISABEL. ¡Aquí está el héroe!

DUQUE. ¿El héroe?

ISABEL. Sí, ¡mírale! *(Detrás de Isabel salen Juan y Julito. Juan es un muchachote de veinte años, sano de cuerpo y alma, un poco tímido, en efecto, pero de ninguna manera tonto. Muy serio, eso sí. Viste sencillamente, pero con natural distinción: "breeches" grises oscuros, "leggins" negros, camisa blanda, corbata oscura y un "jersey". No trae nada para la cabeza. En la mano, un látigo.)*

JUAN. Buenas tardes. *(Besa el anillo al señor Obispo, y después saluda a la Marquesa.)*

OBIS. ¡Hola!

MARQU. Ya nos tenías intranquilos.

JULITO. *(Sacudiendo la mano derecha hasta chocar los dedos.)* ¡Qué aventura! ¡Huy! ¡Esta sí que...!

JUAN. No digas tonterías, calla...

ISABEL. Que os cuente, que os cuente...
JUAN. Pero si no es nada.
OBIS. ¿Nada y todavía estás excitado? Los ojos te echan chiribitas.
DUQUE. Vienes como asustado.
JUAN. Eso sí, lo confieso. Pero no de nada ni de nadie. Por primera vez en mi vida he sentido miedo de mí mismo.
OBIS. ¡Hola! La aventura comienza a interesarme.
JUAN. Pues es bien sencilla. *(Todos escuchan con interés.)* Ha sido hace media hora, al pasar por Otaña. Me había alejado más de lo debido, sin darme cuenta, y volvía al galope para llegar a casa antes de que fuera de noche. No sé si sabéis que ayer, unos bárbaros que volvían en automóvil de los toros de Bilbao, atropellaron en Otaña a una niña de cuatro años, hija de un obrero de las minas. La criaturita quedó muerta en el acto. El automóvil no se detuvo ni ha vuelto a saberse más de él. La indignación en todo el pueblo debió ser enorme.
DUQUE. Pero ¿qué tiene que ver...?
JUAN. Espera... Hace media hora, al pasar yo por Otaña en dirección a casa, venía en sentido contrario hacia Santander un automóvil; según parece, el primero que pasaba por allí después del desgraciado accidente de anoche. En aquel momento volvían del entierro los mineros, los compañeros y parientes del padre de la muertecita... Y como un solo hombre, sin consultarse apenas con la mirada, excitados, furiosos, se cruzaron en la carretera y obligaron a detenerse al "auto"... En el "baquet" iba únicamente el "chauffeur", y dentro, sola, indefensa, una mujer...
JULITO. Una señora muy guapa. ¡Esa sí que...!
DUQUE. ¿Tú que sabes?
JULITO. Él lo ha dicho.
OBIS. Mira el santito.
DUQUE. Déjale seguir, hombre.
OBIS. Quedamos en que una señora... muy guapa.

ISABEL. Eso ha dicho Juan.

JUAN. Así me pareció. Cuando el automóvil estuvo parado, todos lo rodearon gritando. Las mujeres salieron de sus casas, y eran las que más gritaban. Los hombres tenían agarrado al mecánico y pretendían que se apease. También querían que lo hiciera la señora. Ella me miró aterrada. Yo estaba absorto, contemplándolo todo desde el centro de la carretera, y aún no sé si adiviné en sus ojos o si realmente oyeron mis oídos un grito de súplica desesperada: "¡Sálveme usted!" Yo no sabía qué hacer. Naturalmente, no tenía ningún arma; pero el Cielo me inspiró. Metí la mano en el bolsillo, agarré con fuerza mi crucifijo, encomendándome a Dios, y poniéndome de pie en los estribos exclamé: "¡Al primero que se acerque a esa señora le pego un tiro!" Todos los ojos se volvieron hacia mí; hubo un momento de estupor, un instante nada más; pero el suficiente para que el "chauffeur", al verse libre, metiera la velocidad y arrancara de prisa. Yo espoleé con furia a la "Lucera", que, dando un salto, salió corriendo en sentido contrario. A mis espaldas oí que decían: "Pero ¿no hay una pistola entre tantos hombres?" Entonces sonó un tiro, luego otro; pero ya estaba yo cerca de la curva que hace la carretera y a poco me vi libre de aquellas furias.

JULITO. ¡Ju, ju! ¡Qué bonito!

DUQUE. ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡Jesús mil veces!

OBIS. Lo que no comprendo es tu susto de ahora, tu susto de ti mismo, no habiéndolo sentido en el momento del peligro. El hecho no es para asombrarse. Todos los de tu raza han sido siempre valientes y nobles. Lo extraño sería que no lo fueras tú también.

MARQU. Bueno, la indignación de los obreros está justificada, ¿eh? Claro que la pobre señora no tenía la culpa; pero mira que aquellos bárbaros que mataron a la niña y ni siquiera pararon.

¡Ay, si a mí me dejaran! Pero tú has quedado muy bien, chico. Y me voy, que con tu relato me he entretenido más de lo que pensaba. Adiós, Santiago; no nos olvides en tus oraciones. *(Le besa el anillo.)*

OBIS. Que se alivien esos enfermos.

MARQU. Gracias. Adiós, Isabel, hija mía; sujeta más a ese hombre, créeme a mí. Muchas felicidades, Juan. Y a ti también, niño.

JUAN. Gracias, Pilar.

MARQU. *(Aparte al Duque.)* Tenemos que hablar del traslado de las monjas de Libourne. ¡Pero que no se entere tu hermano!

DUQUE. ¡Mujer...!

MARQU. Me consta que está entregado a las dominicas. ¡Una vergüenza!

DUQUE. Anda, anda, que te acompaño.

OBIS. Y yo.

MARQU. ¡Por Dios!

OBIS. Para que no hables mal de mí en el camino. Anda, vamos.

MARQU. Pero ¡qué gracioso es este Obispo! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosas se le ocurren!

OBIS. ¡Como si no te conociera!

MARQU. ¡Ja, ja, ja! *(Vase muerta de risa por el foro derecha. La siguen el Duque, el Obispo y Julito. Juan va a salir también. Su hermana lo detiene cuando ya está en la puerta.)*

ISABEL. Juan...

JUAN. ¿Qué?

ISABEL. Mañana es tu santo.

JUAN. Sí.

ISABEL. Yo tengo un regalo para ti... Pero no sé lo que te parecerá.

JUAN. Siendo tuyo..., figúrate. Cualquier cosa, Isabel, me parecería bien.

ISABEL. ¡Me da una pena que te marches!

JUAN. *(Con cariño y emoción.)* ¡Tonta...! Volveré en todas las vacaciones, ya verás. Y los veranos los pasaré enteros con vosotros.

ISABEL. Entonces... ¿estás decidido?

JUAN. Absolutamente. En cuanto empiece septiembre me voy con el tío. Es mi vocación, Isabel; es la única ilusión de mi vida. Hace mucho tiempo que debía estar en el Seminario, y ya me da miedo seguir más tiempo en el mundo, expuesto a todos los peligros y tentaciones de esta vida fácil y cómoda. Son pequeñeces, distracciones inocentes al parecer, pero que van convirtiéndose en pequeños vicios.

ISABEL. ¡Ja, ja, ja!

JUAN. De verdad. Ya ves hoy: he salido a caballo... Cuando estoy a caballo me olvido de todo, es mi mayor pasión. Sin darme cuenta me he entretenido demasiado, le he dado un susto a papá y hasta estuve a punto de perder la vida por mi ligereza. Ya sé que no es pecado, pero... Hoy tenía gana de salir de este ambiente, de ir lo más lejos posible... Me gusta mucho galopar. Y galopando, galopando, he recorrido veinticinco kilómetros en poco más de tres horas. La pobre "Lucera" ha llegado reventada. También por eso siento remordimientos...

ISABEL. *(Con expresión de ternura indefinible.)* ¡Juan...!

JUAN. ¿Qué?

ISABEL. Tú eres un santo.

JUAN. ¡Dios mío...! ¡Qué más quisiera yo!

ISABEL. Sí, sí... Y como, además, eres muy listo, tan listo como el tío Santiago..., más aún; como el hermano de nuestra abuela *(Señalando el retrato)*, llegarás, como él, a Cardenal, y yo, cuando sea vieja, tendré en mi casa un retrato tuyo, como ése...

JUAN. No digas. Enséñame tu regalo, anda.

ISABEL. Me da vergüenza. No te puedes imaginar lo que es. *(En cualquier rincón habrá una caja bastante grande de cartón blanco.)* Está en esa caja.

JUAN. ¡Qué regalo más grande! *(Cogiendo la caja.)* Oye, pesa poco.

ISABEL. ¡Ja, ja, ja! No lo creas.

JUAN. ¿Que no? Compruébalo tú misma.
ISABEL. Yo ya sé... Anda, abre.
JUAN. *(Abriendo la caja con ilusión.)* ¿Qué será?...
ISABEL. Ya no se ve casi. Espera que encienda. *(Lo hace.)*
JUAN. *(Con indescriptible asombro.)* ¡Una sotana! *(Pausa.)*
ISABEL. ¿Qué te parece?
JUAN. *(Un poco conmovido y avergonzado.)* ¡Je...!
ISABEL. Te la he cosido yo misma... ¡Tu primera sotana!...
JUAN. Muchas gracias, Isabel...
ISABEL. Si al fin te vas en septiembre...
JUAN. Gracias, Isabel...
ISABEL. ¿No sabes decirme más que eso?
JUAN. ¡Tantas cosas quisiera decirte! Todo lo que siento ahora y que no sé cómo expresar. Gracias, Isabel...
ISABEL. Anda, póntela.
JUAN. ¡No!
ISABEL. ¿Por qué?
JUAN. ¡Je...! No sé...
ISABEL. Sí, tonto. Para darle una sorpresa a papá y al tío. Verás. Yo misma te ayudo. *(Le ayuda, en efecto, a ponérsela.)* ¡Más guapo vas a estar!
JUAN. ¡Je!
ISABEL. Así. ¡Huy, qué bien! Mírate al espejo. *(Juan hace que se mira al espejo y no se mira realmente porque el espejo figura estar en el testero imaginado paralelo al foro; es decir, lo que es la embocadura del teatro. Por lo tanto, Juan, al hacer que se mira al espejo, a quien mira, en realidad, es al público.)*
JUAN. ¡Je!
ISABEL. ¿Qué...? ¿Te gustas?
JUAN. *(Mirándose siempre.)* Me está un poco larga.
ISABEL. Tienes razón. Mañana te la arreglaré. *(Por el foro derecha vuelven el Obispo y el Duque.)*
DUQUE. ¡Juan! ¿Qué es esto?
JUAN. ¡Je! Ya ves...
ISABEL. Mi regalo. *(Pausa. Todos le observan. Isabel,*

orgullosa de su obra: el Duque, emocionado; el Obispo, con guasa.)

OBIS. Muy bien..., muy bien...

ISABEL. ¿Verdad que está muy bien?

DUQUE. *(Conmovido.)* Hijo... ¡Si tu pobre madre te viera!

JUAN. *(Idem.)* Papá... *(Se abrazan.)*

OBIS. Vamos, vamos... ¿No sabes, Juan? Ya conocemos quién es la señora de tu aventura.

JUAN. ¿Ah, sí?

DUQUE. Mira este telegrama. *(Se lo da.)*

JUAN. *(Leyendo.)* "Nos informan ser su hijo quien acaba de salvar mi mujer en desdichado incidente carretera. Si es así, ruégole transmitirle nuestro agradecimiento efusivo. Le saluda, Alberto Lorechea." No sé quién es.

DUQUE. Yo sí. Un fabricante de Bilbao. *(Desde fuera se oye un rumor de gente. Sale Julito por el foro derecha, muy alborotado y corriendo.)*

JULITO. ¡Las hogueras, las hogueras! ¡Ya empiezan las hogueras! Apaga, Isabel, para que las veamos bien. *(Isabel apaga la lámpara central. La escena queda casi a oscuras, alumbrada únicamente por unos apliques que hay a la derecha, encima de la chimenea. Hasta la escena llegan los resplandores de las hogueras, y desde lejos, en la montaña, se ven los puntitos rojos que se van encendiendo uno a uno.)* Mira qué bonitas. ¡Y cuántas! ¡Cómo se van encendiendo poco a poco! *(Sale Marsilio por el foro derecha.)*

MARS. Señor Duque, empiezan a llegar los hombres del campo.

DUQUE. ¿Hay muchos?

MARS. Bastantes, señor Duque.

DUQUE. Que los vayan dando los cigarros y los dulces. Pero cuidado con la sidra, ¿eh? Que no se repita el espectáculo del año pasado. Ahora bajaremos nosotros.

MARS. Bien, señor Duque. *(Mutis.)*

ISABEL. Abriremos para ver mejor. *(Abre el ventanal. Toda la familia se agolpa cerca de él.)*

VOZ. *(Fuera.)* ¡Viva el señor Duque!

VOCES. ¡Viva, viva! *(Aplausos.)*

"A coger el trébol,
el trébol, el trébol;
a coger el trébol
la noche de San Juan.
A coger el trébol,
el trébol, el trébol;
a coger el trébol
la noche de San Juan."

OBIS. ¡La noche de San Juan...! Ya hace tiempo que no la pasaba en esta casa.

DUQUE. Es verdad.

OBIS. Por eso me emociona más el espectáculo. *(Continúan oyéndose voces sueltas y risas.)*

VOCES. ¡Marsilio! ¡Ya está aquí Marsilio! ¡Los cigarros! ¡Viva Marsilio! ¡Ja, ja, ja! ¿Y la sidra? *(Por el foro derecha llega una visita inesperada: una damita lindísima y elegante. Viene con sombrero, en traje de viaje. Queda un momento parada, contemplando a la familia, que continúa cerca del ventanal.)*

VOCES. *(Fuera.)*

"A coger el trébol,
el trébol, el trébol;
a coger el trébol
la noche de San Juan.
"A coger el trébol,
el trébol, el trébol;
a coger el trébol
la noche de San Juan."

NORA. Buenas noches. *(Todos se vuelven hacia ella sorprendidos.)*

DUQUE. ¿Eh...? Señorita... *(Isabel vuelve a encender la luz.)*

JUAN. *(Mirándola.)* ¿Quién será?

DUQUE. Buenas noches.
NORA. Pero ¿cómo? ¿No me conocen? ¡Ja, ja, ja!
OBIS. *(Al Duque.)* Juan, es Nora de Monterey, tu sobrina.
NORA. ¡Y cómo le va!
ISABEL. ¡Nora!
NORA. ¡Isabel! ¡Ja, ja, ja! *(Se abrazan con efusión.)*
DUQUE. Muchacha. No te esperábamos hoy.
NORA. ¡Tío! ¡Ja, ja, ja! El señor Obispo me figuro quién es: su hermano, ¿no, tío?
DUQUE. En efecto; pero...
NORA. Era natural comprenderlo al verle en esta casa. Lo raro es que, siendo el único que no me ha visto nunca, me haya reconocido antes que ustedes. ¿Tan cambiada estoy, mi don Juan?
DUQUE. ¡Tantos años...! Eras una niña, y ahora...
NORA. ¡Pero Isabel...! ¡Qué linda!
ISABEL. Nora... *(Vuelven a besarse.)*
DUQUE. *(Al Obispo.)* Perdona que no te haya dicho nada. No creí que llegaba hoy...
OBIS. ¡Bah! ¡Qué tontería!
NORA. *(Por Julio.)* Juan, ¿no?
JULITO. ¡Ju, ju, ju!
DUQUE. No; Julito, mi sobrino.
NORA. Ya sé, pobre...
JULITO. ¡Ju, ju! ¡Vaya una prima!
NORA. Pero ¿y Juan? ¿No está?
DUQUE. Ahí le tienes.
NORA. Pero ¿qué me dice? ¿Juan es ya cura, tio?
OBIS. ¡Je! Lo será, lo será.
NORA. Pero está hecho ya un hombre. ¿Cómo estás, primo?
JUAN. Bien. ¿Y tú?
NORA. Hecho un santito, ¿no?
ISABEL. Sí.
JUAN. No...
DUQUE. ¡Je!
NORA. ¡Tengo unas ganas de verlo todo, de recordar mi niñez! ¡Lo que nos divertíamos hace diez años! Isabel era más sentadita, pero Juan...

¡Un diablo! ¿Y aquel amigo tuyo, tan simpático, que nos acompañaba siempre?

JUAN. ¿Quién?

NORA. Uno que vivía en otra finca cerca; uno muy gordo. Se llamaba... ¿Pedro? No, Miguel... Miguel Pedroso.

JUAN. ¡Ah, sí! Murió.

NORA. ¿Murió?

JUAN. Hace tres años.

NORA. ¡Pobre! ¡Lo que nos divertíamos! ¡Cuánta desgracia, tío, en estos años! La pobre mamá..., tía Isabel...

DUQUE. ¡La vida...!

VOCES. *(Fuera, más lejanas.)*

"A coger el trébol,
el trébol, el trébol... etc."

(Pausa. Todos fingen escuchar, y, en realidad, observan a Nora, que ríe entre lágrimas.)

ISABEL. ¿De qué te ríes?

NORA. No sé. Del canto ése, de estar aquí, de todo. Estoy muy contenta. Soy muy sonsa, ¿no?

ISABEL. *(Abrazándola nuevamente.)* ¡Qué simpática!

OBIS. *(Al Duque.)* Qué igual a su madre, ¿verdad?

JULITO. ¡Qué guapa! ¡Ju, ju! ¡Esta sí que...!

DUQUE. *(Aparte.)* ¡Qué frívola! *(Juan, en un rincón, empieza a desabrocharse la sotana.)*

OBIS. *(Mirando a todos.)* Cada uno a solas con su pensamiento...

ISABEL. *(Con desencanto, a su hermano.)* Pero ¿te estás quitando la sotana?

JUAN. ¿No querías que me la probara? Pues para prueba ya es bastante. ¡Tómala! *(La tira sobre un mueble y queda en su traje de montar a caballo.)*

NORA. ¡Qué sorpresa! El santito convertido, de pronto, en un gaucho...

OBIS. *(Con guasa.)* ¡Es un sonso...!

NORA. ¡Ja, ja, ja!

JUAN. ¡Tío...!
OBIS. ¡Y cómo le va! ¡Ché! (*A lo lejos continúa oyéndose el clásico canto de los campesinos.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es por la tarde. En escena, Nora, Isabel, la Marquesa del Cerro de Cabuérniga, el señor Obispo, Juan, el Duque, Enrique y el Marqués del Cerro de Cabuérniga. Enrique, el novio de Isabel, es un fresco simpatiquísimo; habla aparte con Isabel, alejados de los demás. El Marqués es un pobre señor viejo y enfermo, que habla gangoso y tiembla ante su mujer.

MARQ. *(Al Duque.)* Yo creo, salvo tu mejor opinión, que antes de que llegara a París el Arcipreste debías tú escribir una carta al presidente de la Asociación Internacional.
MARQU. Eso es una idiotez.
MARQ. Pero, mujer...
MARQU. ¡Una idiotez!
MARQ. Pero dame la razón siquiera una vez en la vida. Aquí había de parecer bien, ¿no crees? Aunque sólo fuera por la originalidad. Verás; la carta que yo propongo...
MARQU. Una idiotez. No hablemos más del asunto.
MARQ. *(Encogiéndose de hombros.)* Bueno...
NORA. ¡Ja, ja, ja!
DUQUE. (*Con reproche.*) ¡Nora...!
NORA. Perdone, tío; se me escapó...
OBIS. Enrique... ¿Un pitillo?
ENRI. *(Va a tomarlo y vuelve al lado de Isabel.)* Gracias, señor Obispo. *(A Isabel.)* Siéntate a mi lado, encanto de mi vida. *(Se sientan juntos en un diván.)*

OBIS. *(Al Marqués.)* A ti no te ofrezco, porque sé que te lo tienen prohibido.

MARQ. El médico, no..., no. Esta, que...

OBIS. *(Tirando un pitillo a Juan desde lejos.)* Toma tú, Cardenal.

NORA. ¡Ja, ja, ja!

JUAN. Gracias, tío.

MARQU. Ah, pero ¿Juanito fuma? No sabía yo que tuviese ese vicio.

OBIS. "Si fuera virtud, ni él ni yo la tendríamos." Así dicen que contestó cierto Papa a un Cardenal que le hizo esa pregunta.

NORA. El fumar no es pecado, ¿verdad, mi señor Obispo?

OBIS. Claro que no.

NORA. Pues yo no me había atrevido, porque... no sé. ¡Pero se me han pasado unas ganitas estos días! Tanto, que si mi tío me lo permite... *(Saca una pitillera monísima y de ella un pitillo.)*

MARQU. (*Aparte al Duque.*) ¿Eh? Pero ¿va a fumar? ¡Esta chiquilla está loca! ¿Y tú se lo consientes, Juan?

DUQUE. ¿Qué quieres que haga?

ISABEL. Pero, Nora... ¿Vas a fumar?

NORA. Ya lo ves.

ENRI. No seas tonta, mujer. ¿No has oído que no tiene nada de particular?

NORA. Lo que falta es lumbre. ¿Tienes, Juan?

JUAN. Toma. (*Enciende una cerilla y se la ofrece. Ella enciende el cigarrillo de mano de su primo. A Juan le tiembla el pulso, y ella le sujeta la muñeca para poder encender.*) No tiene nada de particular, pero hace feo en una señorita.

NORA. (*Echándole a la cara la primera bocanada de humo.*) ¡Calla, tonto! A mí nada puede hacerme feo. (*Se aparta de él; pero de cuando en cuando le dirige una mirada provocativa.*)

MARQU. Esta señorita se aburrirá en este poblacho, ¿no?

MARQ. No lo parece.

NORA. ¡Qué esperanza! ¡Con lo que yo quiero a este

pueblo! Aquí nací yo, señor. Y aquí está enterrada mi madre. (*La actriz debe recalcar mucho esta frase.*)

MARQU. ¿Y esos chicos, Isabel y Enrique, cuándo se casan?

DUQUE. ¡Ah! No sabemos aún...

MARQU. Me ha sorprendido encontrar hoy a Enrique almorzando aquí.

DUQUE. Llegó hace quince días.

MARQU. ¡Cómo es la gente! Me habían dicho que tú no veías con buenos ojos esas relaciones.

DUQUE. (*Violento, por la presencia de Nora.*) Hombre...

MARQ. (*Volada.*) Pero ¡qué cosas tienes, Evaristo!

MARQU. Déjale a él que diga: me interesa.

DUQUE. ¡Je!

MARQU. ¿Qué dices?

DUQUE. ¡Je!

MARQU. ¿Cómo?

MARQ. Que je, hombre; que je; ¿no lo estás oyendo? ¡Qué pesado te pones!

DUQUE. Luego hablaremos, Evaristo...

MARQU. ¿He cometido alguna inconveniencia?

MARQ. (*Saltando.*) ¡¡Ay!! (*Con una mano da un puñetazo en una mesa, y con la otra un pellizco a su marido.*) ¡No seas pazguato, hombre!

MARQU. ¡¡Ay!! (*El grito del Marqués sobresalta especialmente a Isabel y a Enrique, que están alejados del grupo.*)

ENRI. (*A su novia.*) ¡Qué atrocidad! Esta señora para guardia de la porra no tenía precio. (*Juan, nervioso, se pone en pie de un salto y hace medio mutis.*)

DUQUE. ¿Adónde vas tú?

JUAN. A mi cuarto. (*Mutis por la primera izquierda.*)

ISABEL. ¿Qué le pasará a éste?

ENRI. Nervios místicos.

ISABEL. No me gusta que te burles de él.

ENRI. Si no me burlo. ¡Dios me libre!

MARQU. Y Juanito, ¿se va, por fin, al Seminario el mes que viene?

DUQUE. Eso quiere.

OBIS. ¡Y cómo le va!
MARQU. ¿Qué quieres decir con eso?
OBIS. ¡Qué esperanza!
NORA. ¡Je! ¿El señor Obispo me hace burla?
OBIS. ¿Yo, hijita mía? ¡Nunca!
MARQ. Mira, Evaristo; vámonos antes de que hagas otra pregunta.
MARQU. Bueno.
MARQ. Además, son las tres. Y a la media va el médico a ver a Javierito.
MARQU. Bueno.
MARQ. Adiós, Nora; que continúes siempre tan alegre.
NORA. Y que usted lo vea, Marquesa.
MARQ. Isabel...
ISABEL. Les acompañamos.
DUQUE. ¿Dónde tenéis el coche?
MARQ. Por aquí. Adiós, Santiago. (*Le besa el anillo.*)
OBIS. Adiós..., Evaristo... Que te mejores, hombre. (*Hacen mutis por el foro derecha todos menos Nora y el Obispo. Pausa larga. El Obispo observa a Nora con guasa. Ella se azora un poquito.*)
NORA. ¿Qué me mira el señor Obispo?
OBIS. Nora...
NORA. ¿Qué quiere?
OBIS. Al fin, solos.
NORA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosas tiene el señor Obispo...!
OBIS. Pues si vieras tú las que se me ocurren.
NORA. ¿De mí?
OBIS. Y de otros.
NORA. ¿Cosas buenas o malas?
OBIS. De ti, unas buenas y otras ni buenas ni malas... De otros..., más bien malas.
NORA. ¿De otros?
OBIS. O de otro. De ti... Voy a contarte un cuento, Nora.
NORA. ¿Largo?
OBIS. Al contrario, muy corto. En cierta cabaña escondida en medio de un bosque habitaba una humilde familia de leñadores, cuyas vidas transcurrían tranquilas, a través del tiempo, sin que nada ni nadie turbase la paz tradicional de aque-

llas existencias tan sencillas. Un día, llegó a la cabaña cierto zagalillo travieso con el propósito, al parecer, de "sacar de sus casillas a aquella pobre gente".

NORA. ¡Qué malo el zagalillo!

OBIS. ¿Tú crees...?

NORA. ¿Y consiguió el propósito?

OBIS. No sé aún.

NORA. ¡Ah! ¿Y se terminó el cuento?

OBIS. ¡Quiá! Ahora viene lo interesante, lo desconcertador, lo que, de haber sido advertido por aquella familia, no hubieran podido explicarse en su sencillez candorosa. El zagalillo hacía frecuentes escapatorias de la cabaña. Todas las mañanas, casi todas las mañanas, apenas salía el sol, cuando todos dormían aún, el zagalillo se escapaba de la cabaña. El pastor...

NORA. ¿El pastor...?

OBIS. Sí. Había olvidado decirte que entre aquella familia, en la cabaña, había también un pastor...

NORA. Ya.

OBIS. El pastor fué el único que sorprendió las escapatorias del zagalillo. (*Nora, muy turbada, baja los ojos.*) ¿Adónde iría aquel chico tan de mañana, robando sus mejores horas al sueño, con tanto interés en que no le sorprendieran?

NORA. Yo lo diré, señor Obispo.

OBIS. No me digas nada, mujer. Déjame terminar mi cuento. Era lógico pensar que, cuando tanto se ocultaba, el zagalillo iba a realizar alguna acción que no era buena. Y...

NORA. (*Con gran interés.*) ¿Y...?

OBIS. Y no. El pastor logró averiguar adónde iba.

NORA. ¿Qué me dice, che? ¿Iba a hacer cosas buenas?

OBIS. (*Va a contestar que sí, pero se arrepiente.*) Tampoco.

NORA. (*Más asombrada que nunca.*) ¿Tampoco?

OBIS. Entiéndeme. En mi concepto, todo lo que no es malo tiene forzosamente que ser bueno, como todo lo que no es bueno lleva en sí alguna maldad, aunque inconscientemente, muchas veces.

No es bueno, por ejemplo, turbar la tranquilidad de un alma inocente por la sola diversión de ver cómo se turba.

NORA. ¿Es malo?

OBIS. No es bueno. Y no es malo lo que hacía el zagalillo. ¿Cómo lo va a ser ir a misa muchas mañanas, socorrer en sus casas con largueza a los pobres más necesitados, visitar para consolarlos a los enfermos del hospital?...

NORA. No es malo.

OBIS. Pero tampoco es para asombrarse. No es para proclamarlo como virtud excelsa, pero tampoco para ocultarlo, suponiendo, acaso, que, oculto, sería más meritorio el cumplimiento de prácticas piadosas muy adecuadas en todo cristiano. ¡Je, je! ¿Pretendía, acaso, el zagalillo eclipsar los méritos de cierto santo que dicen había en su cabaña? Supongo que no.

NORA. (*Después de una pausa.*) Yo veo que el pastor no sabía todos los sitios adonde iba el zagalillo...

OBIS. ¡Ah...!

NORA. El sitio que le hacía escaparse por las mañanas, para que el pastor no lo supiera y dejara él de ir adonde, ocultándose solamente de su persona, iba el zagalillo... Un sitio ignorado casi por esta familia tan buena, que no lo frecuenta nunca; un sitio perdido en el campo..., donde hay un cuerpo que arrancaron de mis brazos hace cinco años en Buenos Aires, y que ahora reposa debajo de una lápida que ha estado largo tiempo descuidada, pero que este verano, desde poco antes de llegar yo, no le ha faltado ningún día unas flores, una bendición y un responso... (*El Obispo se yergue, poniéndose en pie, muy turbado.*)

NORA. (*Emocionada, de rodillas casi, cogiéndole una mano.*) Señor Obispo..., ¿quiere que desde mañana vayamos juntos...?

OBIS. (*Apartándola suavemente.*) Perdona...

NORA. ¿Ve? Por algo el zagalillo se ocultaba del pastor para que no se enterase adónde iba.

OBIS. Perdona..., deja..., perdóname. (*Y hace mutis por la primera izquierda. Nora, sola en escena, procura serenarse. Con un pañuelo se limpia los ojos. Luego saca un espejito pequeño, y con una barra de carmín se pinta los labios. Da un suspiro; con un gracioso movimiento de cabeza, se echa el pelo hacia atrás... Después hace mutis por el foro derecha, a la terracita. Allí permanece un momento apoyada en la barandilla, de espaldas al público y a su vista. Por el foro izquierda llegan Isabel y Enrique.*)

ENRI. ¿Nos iremos pronto, chiquita?

ISABEL. Cuando esté preparada Asunción. ¿Por dónde iremos?

ENRI. ¿Te parece que a la Peña Vieja?

ISABEL. Hace un calor terrible a estas horas. Yo estuve por la mañana, a las ocho.

ENRI. ¡Horror!

ISABEL. ¿Por qué? Si vieras qué agradable estaba.

ENRI. No más que mi cama. Todas las personas decentes deben estar durmiendo a esa hora.

ISABEL. ¿Tú persona decente?

ENRI. Y muy inteligente, además. La prueba la tienes en que el animal más tonto de la Creación, que es el gallo, madruga más que nadie.

ISABEL. ¿Por ser tonto? Lo que prueba eso, que lo natural es levantarse cuando sale el sol; lo que obedece al instinto.

ENRI. Déjate de tonterías. ¿Tú sabes por qué madruga el gallo? Porque se pasa la noche apoyado sobre una sola pata y en un palito. ¿Cómo no madrugar con tan escaso "confort"? Un compañero mío de la Asociación de Antiguos Alumnos, que es muy inteligente, se imagina al gallo en una cama de matrimonio. ¡Veríamos entonces a qué hora se levantaba!

NORA. (*Saliendo de la terraza.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué guasada!

ISABEL. ¡Qué cosas dices, hombre! No hay manera de hablar en serio contigo.

ENRI. ¿Quieres nada más serio que el matrimonio? Más que serio, trágico, según dicen.

NORA. ¿Y tú lo crees?

ENRI. ¿Yo? ¡De ningún modo! Por eso me caso. Para nosotros será la gloria, ¿verdad, Isabeluca? (*Muy cariñoso.*)

ISABEL. Tonto...

ENRI. ¡Preciosa!

ISABEL. Antipático.

ENRI. ¡Encanto!

ISABEL. ¡Te odio...!

ENRI. Y yo te adoro.

NORA. El undécimo, no estorbar. Que os aproveche.

ENRI. No te vayas, mujer.

NORA. Sí, que me estáis poniendo los dientes largos. Me voy a mi cuarto. (*Mutis por la derecha.*)

ENRI. ¡Je! ¡Qué graciosa!

ISABEL. Y a ti te encanta flirtear con ella...

ENRI. ¡Mujer, por Dios!

ISABEL. Como a ella coquetear con todos los hombres.

ENRI. Más que coquetear, provocar. En el fondo es una buena chica.

ISABEL. ¿Tú crees?

ENRI. Una infeliz, mujer. Buena, porque lo lleva dentro, aunque ella se cree muy moderna porque fuma y viaja sola, como un hombre. Yo le disculpo su intento de turbar a tu hermano. Para una mujer inteligente y bonita tiene que ser sugestivo conquistar a un hombre que nunca soñó con el amor de las mujeres. Pero el juego es peligroso.

ISABEL. Para él.

ENRI. Para ella, para ella. Cuando un tímido deja de serlo repentinamente... ¡hay que echarse a temblar!

ISABEL. Juan no es un tímido. Es que tiene verdadera vocación; tan sincera, que ningún otro sentimiento puede ser capaz de arrancársela.

ENRI. Si lo que contiene a ese otro sentimiento es úni-

camente timidez, la timidez no tardará en desaparecer. Por eso Nora debe andar con cuidado. La fogata nueva podría devorarla. Y si siempre es peligroso jugar, imagínate cómo lo será jugar con fuego.

ISABEL. Lo cierto es que Nora, cuando llegó, dijo que sólo iba a estar con nosotros muy pocos días; que iba a ir a Biarritz con la familia que la acompañó de Buenos Aires a Santander; que lleva aquí cerca de un mes..., ¡y que no se va! (*Por el foro izquierda llegan Juan y Julito.*)

JUAN. ¿Quién no se va?

ENRI. El Obispo, tu tío. Dice que hasta que tú te vayas con él al Seminario.

JUAN. Yo me iré el primero de septiembre, cuando empiece el curso.

ENRI. ¿Estás seguro?

JUAN. Seguro, Enrique. Si Dios me da vida.

ENRI. Que sí te la dará, hombre.

JUAN. Así lo parece. En el jardín tenéis a Asunción esperándoos para salir.

ISABEL. Anda, vamos.

ENRI. Vamos. (*A Juan, abrazándole.*) Adiós..., gran hombre.

JUAN. Adiós. (*Isabel y Enrique se van por el foro derecha.*)

JULITO. ¡Ju, ju, ju! ¿Por qué te ha llamado gran hombre?

JUAN. (*Con mal modo.*) ¡Yo qué sé!

JULITO. ¿Estás de mal humor?

JUAN. ¿Te importa mucho?

JULITO. Ay, hijo..., perdona.

JUAN. Tú a mí... Perdóname tú.

JULITO. ¿Por qué no estás contento?

JUAN. ¡Porque, porque! Porque la vida no siempre es para estar contento. Muchas veces es triste, Julio. Triste... y complicada.

JULITO. ¡Ju, ju!

JUAN. Tú eres muy feliz, ¿verdad?

JULITO. ¿Feliz?

JUAN. Sí. ¿Lo eres, verdad?

JULITO. Creo que sí.
JUAN. ¡Crees que sí! ¡Ay...! ¡Dichoso tú! ¿Quieres salir conmigo a caballo?
JULITO. ¡Ay, si, sí!
JUAN. Tengo gana de correr, de cansarme, de galopar mucho... Voy a vestirme.
JULITO. Y yo. Primero, a decir que preparen los caballos.
JUAN. Anda, sí. (*Julito hace mutis por el foro derecha. Juan se deja caer en un butacón que estará en primer término izquierda. Con la cabeza apoyada en el respaldo, queda pensativo. Por la primera izquierda asoma el Obispo.*)
OBIS. ¿Estabas ahí?
JUAN. (*Sin moverse apenas.*) Hola, tío...
OBIS. ¿Y tu padre?
JUAN. Entró directamente en su cuarto, creo.
OBIS. Pensé que seguía en el jardín. (*Mutis el Obispo por la primera izquierda. Por la derecha sale Nora. Al ver a Juan de espaldas se detiene y le contempla sonriente. Pausa. Juan se levanta de pronto, con un movimiento rápido, y al volverse la ve.*)
JUAN. ¿Estabas ahí? ¿Desde cuándo?
NORA. Ahora mismo, tonto.
JUAN. Ya. (*Pausa. Vacila sin saber qué hacer. Y de pronto:*) Hasta luego.
NORA. ¿Adónde vas?
JUAN. A vestirme. Voy a salir a caballo.
NORA. ¡Qué poco amable eres! Basta que yo entre en un cuarto por una puerta para que tú te vayas por la otra. Así, desde que llegué.
JUAN. Estás equivocada.
NORA. ¿La prueba...?
JUAN. (*Quedándose.*) La prueba.
NORA. ¿Te quedas un rato conmigo?
JUAN. ¿Por qué no?
NORA. ¿Haciéndome compañía?
JUAN. Claro.
NORA. Gracias, hombre.
JUAN. De nada.

NORA. ¿Nos sentamos?

JUAN. ¿Eh? Sentémonos. (*Ella se sienta en un diván. El, en una silla, lejos.*)

NORA. ¡Ay, hijo! Te advierto que yo, todavía, no me he comido a nadie.

JUAN. ¡Je! Ni... ni yo tampoco.

NORA. Me lo figuro.

JUAN. Es que hay veces, ¿sabes?... El miedo..., la..., el...

NORA. ¿Qué?

JUAN. No sé cómo explicártelo.

NORA. Pues siéntate más cerca, a ver si yo te inspiro. Es incómodo hablar tan lejos, ¿no?

JUAN. Eso sí. (*Se sienta en el diván.*)

NORA. ¡Ay, primo Juan! ¡Qué bien estoy en este pueblo y en tu casa!

JUAN. Y yo me alegro, figúrate.

NORA. No estés callado. Háblame.

JUAN. ¿Que te hable? ¿De qué?

NORA. De lo que quieras. Cuéntame cosas... de tu padre..., de tu hermana. O hazme preguntas para que yo te conteste.

JUAN. ¿Que te haga preguntas?

NORA. Sí.

JUAN. Oye, ¿sientes..., sientes mucho el calor?

NORA. Regular. ¿Y tú?

JUAN. Bastante. Es que..., es que lo hace, ¿sabes? El mes de agosto aquí suele ser terrible.

NORA. ¿Sí, verdad, Juan?

JUAN. Nora, yo..., yo..., yo me voy a marchar muy pronto.

NORA. (*Un poquitín desilusionada.*) ¡Ah...!

JUAN. Sí, Nora.

NORA. Comprendo. Con tanto calor... (*Otra pausa más larga que las anteriores.*) ¡Vaya! En vista de que tú no me hablas, te hablaré yo.

JUAN. (*Encantado.*) Anda, sí.

NORA. El caso es que... a mí no se me ocurre nada... ¿Y a ti?

JUAN. Tampoco.

NORA. ¿Tampoco?

JUAN. No.

NORA. Entonces...

JUAN. Entonces, si me lo permites... Julito debe estar esperándome.

NORA. (*En tono sincero, de súplica discreta, apoyando una mano en la de su primo.*) No te vayas, Juan...

JUAN. (*Angustiado.*) ¡Nora!

NORA. ¿Qué?

JUAN. ¡No seas cruel, Nora! ¡No seas cruel conmigo!.. ¡No puedo más!... ¡Dios mío!... ¿Qué... qué.. qué... qué quieres de mí? ¿Qué quieres que te diga?

NORA. (*Un poco asustada.*) ¡Juan!

JUAN. ¿Querías que te dijera que no puedo vivir sin ti, que desde hace un mes vivo en un infierno, que no sé lo que pienso, ni lo que siento, ni lo que quiero; que has revolucionado todos mis sentimientos y mis ideas, que eres la primera mujer de mi vida, que te adoro, que sueño contigo por las noches, que tengo ansia de tu boca? ¡Nora de mi alma!

NORA. Déjame..., deja... Me das miedo.

JUAN. Ahora no huyas, no; tienes que oírme. Pero ¿no sabías la maldad que estabas haciendo conmigo, que desde que has llegado no tengo un minuto tranquilo, que la paz ha huído de mi espíritu? ¡No, maldad, no! He sido yo..., no sé. Ni sé si ha sido el demonio quien te ha traído a esta casa para perderme, o Dios para probarme y para castigar mi orgullo haciéndome ver que mi vocación no era más que orgullo, y orgullo mi virtud, que sólo existía porque yo ignoraba que tú existieras en el mundo.

NORA. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo?

JUAN. Abrirme los ojos a la vida, hacerme pensar en la felicidad de tu cariño y soñar con el momento que puede ser éste, y que, sin embargo, me sigue pareciendo un sueño, de que tú me digas que me quieres, Nora. Porque tú también me quieres, ¿verdad? ¡Dímelo, Nora!

NORA. Déjame, Juan; te lo suplico... ¡Déjame ahora!

JUAN. ¡No! Ahora soy yo quien te suplica. ¡No te vayas! ¡Nora! (*Forcejean.*)

NORA. ¡Déjame, por Dios! (*Al fin, logra desprenderse de él, y hace mutis por la derecha, a su cuarto.*)

JUAN. ¡Nora!... ¡Oyeme, Nora!... ¡Nora!... ¡Nora!. (*Se han ido los dos. Ella, huyendo, y Juan, detrás. La escena queda un momento sola. Un reloj da las cuatro. Por el foro derecha sale Marsilio, que cruza la escena para entrar por el primer término izquierda.*)

MARS. Las cuatro... (*En el momento de ir a entrar se cruza con el señor Obispo, que sale. Marsilio le deja paso.*) El coche para el señor Duque.

OBIS. (*Después de mirar la estancia.*) Pues aquí no está... (*Por el foro derecha sale Julito.*) ¿Adónde vas tú?

JULITO. A coger un látigo. ¿No sabes? Voy a salir a caballo con Juan. Ya están preparados los jacos.

OBIS. ¡Ah! (*Julito hace mutis por la primera izquierda, y se da un fuerte encontronazo con el Duque, que sale, seguido de Marsilio.*)

JULITO. ¡Santa Bárbara!

DUQUE. Ten cuidado, hijo. Siempre has de andar lo mismo. (*Mutis Julito. El Duque trae en la mano sombrero y bastón.*) ¿No está aquí?

OBIS. Va a salir a caballo con Julito. Debe estar ya en el jardín.

DUQUE. Le vas a hablar ahora, ¿verdad?

OBIS. Si no tiene prisa...

MARS. ¿Quiere el señor Duque que le traiga un abriguito ligero? Luego, al atardecer, refresca...

DUQUE. Bueno, sí. (*Mutis Marsilio por la primera izquierda.*) Celebro que te decidas a intervenir en las cosas de mi hijo; pero en esta ocasión creo que exageras en tus temores. Todo es un producto de tu imaginación.

OBIS. Lo que temo lo ha visto todo el mundo en esta casa, menos tú, Juan. Muchas veces me has reprochado el encontrarme reacio a creer en la vo-

cación de tu hijo. Ahora no se trata de eso. Que nos convenciéramos de que su vocación de religioso es falsa, si realmente lo es, sería un bien. Que se perturbe su piedad de cristiano sería lo grave. Es lo que me preocupa.

DUQUE. Como quieras. Pero insisto en que tus sospechas no tienen más fundamento que tu propia imaginación. Perdóname que te hable de esto. La presencia de esa niña ha venido a remover en ti un recuerdo triste...

OBIS. Te equivocas. Por ser esa niña hija de quien es me ha recordado lo que era natural, pero sin remover en mi espíritu aquella pena de mi vida.

DUQUE. No es eso, Santiago. Quise decir que, acaso sin darte cuenta tú mismo, al recordar aquella historia de hace treinta años, piensas que puede reproducirse ahora.

OBIS. En tu hijo sería precisamente el caso contrario. Yo conocía más el mundo. Antes de hallar mi verdadero camino puede imaginar lo que en la serenidad de un matrimonio cristiano sería para mí el amor de aquella mujer. Creí haber nacido para Duque de San Juan, y lo fuiste tú; para que una mujer fuese mía, y fué de otro. Tu hijo, en cambio, cree que ha nacido para Obispo y no para Duque. Puede ser; pero su destino empieza a torcerse, como se torció el mio. Ya ves si el caso es distinto. Yo aspiro a que sólo en una cosa nos parezcamos; en que su evolución se verifique con igual tranquilidad de conciencia, con la misma serenidad de espíritu que se verificó la mía.

DUQUE. ¿Tendrías razón, Santiago? Si aciertas, mi desengaño será muy grande, créelo. Era una ilusión... (*Sale Marsilio por la primera izquierda.*)

MARS. El abrigo, señor Duque.

DUQUE. Gracias. (*Yéndose con el Obispo por el foro derecha.*) Era la ilusión más grande de mi vida. Tú lo sabes, Santiago. (*Hablando hacen mutis los dos. Marsilio les sigue. Por la derecha, del cuarto de Nora, sale, tranquilamente, Juan. Cru-*

za la escena, se asoma a la terracita, donde aspira con satisfacción el aire puro, y allí permanece un momento mirando al jardín, de espaldas al público. Vuelve a escena. Se acerca a una mesita, donde hay una caja de cigarrillos, saca uno y lo enciende. Luego pasea despacio por la habitación y se detiene un punto ante el retrato de su tío-abuelo el Cardenal Carrillo de Albornoz, al que mira con temor, de distinta manera que nunca; éste es su único instante de preocupación en la escena muda. Después se sienta en la misma butaca donde estuvo antes de la escena con Nora, y en una postura muy cómoda, con la cabeza echada sobre el respaldo, fuma, contemplando cómo sube en espirales el humo de su cigarrillo. Pausa. Por la primera izquierda sale Julito.)

JULITO. Juan.

JUAN. ¿Qué?

JULITO. ¡Esta sí que...! ¿Pero todavía no estás, hombre? Los caballos esperando hace media hora.

JUAN. Yo no salgo.

JULITO. ¿Por qué?

JUAN. He cambiado de opinión. Ya no tengo gana de moverme ni de correr.

JULITO. Esta es buena. Pues me has fastidiado.

JUAN. No te apures, que otro día saldremos.

JULITO. Bueno, hombre, bueno. (*Inicia el mutis por la primera izquierda.*)

JUAN. Oye, Julito.

JULITO. ¿Qué?

JUAN. Nada.

JULITO. Sí... ¡Dime!

JUAN. No hagas caso de lo que te dije antes: aquello de la vida. La vida es buena muchas veces.

JULITO. ¿Y no es triste?

JUAN. Según. Cuando nosotros nos empeñamos en entristecerla, sí. Por lo demás...

JULITO. No te entiendo.

JUAN. Peor para ti. Adiós.

JULITO. Hasta luego. (*Mutis. Juan continúa fumando en*

la butaca. Pausa. Por el foro derecha sale el Obispo.)

OBIS. ¡Hombre! El santo aquí.

JUAN. Hola, tío.

OBIS. Creí que ibas a salir a caballo.

JUAN. No. (*Se levanta y hace medio mutis por el foro.*)

OBIS. ¿Adónde vas, entonces?

JUAN. A tomar el aire.

OBIS Muy sano es eso. ¿Te corre mucha prisa?

JUAN. Así, regular...

OBIS. ¿Quieres oírme antes unas palabras? Para tomar el aire siempre estarás a tiempo. ¿No te parece?

JUAN. ¡Qué esperanza! ¡Como sueles tú decir de algún tiempo a esta parte!

OBIS. La cita es pertinente y oportunísima, digna por su profundidad de un futuro sabio teólogo, como tú serás.

JUAN. ¿Tú crees?

OBIS. No creo nada. Quisiera saberlo, eso sí. ¿Qué vas a hacer el primero de septiembre?

JUAN. Pues..., por la mañana, bañarme en el mar, como todos los días.

OBIS. (*Severo.*) ¡Juan!

JUAN. Perdona, tío. Creí que estabas de broma.

OBIS. Ahora, no.

JUAN. ¡Es tan lejana todavía esa fecha!

OBIS. Sí, un mes.

JUAN. ¿Un mes?

OBIS. Un mes. El tiempo transcurrido desde que Nora llegó a esta casa. Tú has cambiado algo desde entonces. Y últimamente, en pocos días..., en horas, quizá... Casi estoy por decir que cada vez que te veo y te hablo te encuentro más distinto.

JUAN. Ahora pareces ser tú quien tiene interés en que me vaya al Seminario.

OBIS. Mejor que nadie sabes que no. Lo que deseo saber es lo que sigues pensando. ¿No era ésa la ilusión de toda tu vida?

JUAN. Sí..., mi ilusión, sí...

OBIS. ¿No estabas tan seguro de tu vocación, de que Dios te llamaba para servirle en el estado religioso? ¡Ah! Hiciste de tu vida un culto, de tu propio pensamiento un ídolo; aspirabas el perfume voluptuoso que emana de tu propia virtud. Tu misticismo estaba lleno de poesía, Juan. No te lo censuro ahora. Dime únicamente si continúa siendo así.

JUAN. No sé... Es verdad... Todo eso es verdad.

OBIS. Se lo he dicho antes a tu padre, y quiero repetírtelo a ti. No me preocupa que se perturbe tu vocación de religioso, pero me dolería mucho que algún día pudiera turbarse tu conciencia de cristiano.

JUAN. Tío...

OBIS. ¿Qué...?

JUAN. Yo te respeto, te quiero..., te venero aún más de lo que tú puedes creer... Quisiera contestar a tus palabras, que me parecen razonables...; pero en este momento, en el torbellino de mis ideas y de muchos sentimientos diversos que me atormentan, sólo encuentro una respuesta que darte. Tío..., tú eres muy bueno... Sabes muchas cosas que has estudiado; de la vida no sé; pero...

OBIS. (*Desconcertado.*) Juan...

JUAN. Pero tienes cincuenta años y... te has consagrado por completo a la religión...

OBIS. ¡Ah, vamos!... ¿Quieres decir que no tengo experiencia de la vida? ¿Tú sí la tienes...? Contesta. ¿Y tú?

JUAN. Yo..., yo tengo veinte años, tío.

OBIS. (*Impresionado.*) ¡Ah! Yo también los tuve, sobrino... ¡Yo también los tuve!

JUAN. Perdóname.

OBIS. Pero ¿te das cuenta de todo lo que has dicho? ¿No de lo que has dicho, pero lo que tus palabras pueden dar lugar a que yo sospeche? ¿Es posible que seas tan inocente?

JUAN. Necesito serenarme, aquietar mi espíritu, buscar un rayo de luz en mi conciencia. Perdóna-

me..., perdóname... (*Se tapa la cara con una mano.*)

OBIS. ¿Lloras, chiquillo? ¿Por qué lloras?

JUAN. No. Quisiera llorar; ya ves qu te soy franco...; pero no lloro.

OBIS. ¿Quisieras llorar...?

JUAN. Tío..., es preciso que continuemos esta conversación; pero no así ni aquí.

OBIS. ¿Dónde y cómo?

JUAN. Soy el más miserable, el más abyecto de todos los pecadores. Quisiera arrepentirme, y no puedo; me esfuerzo por sentir el dolor de la contrición, y en su lugar es una alegría inmensa, desconocida por mí hasta ahora, lo que...

OBIS. ¡Calla! No digas tonterías, calla... Vamos, vamos..., cálmate, tranquilízate. ¿A qué vienen esas palabras solemnes...? "Quisiera arrepentirme y no puedo... El dolor de la contrición..." ¡No seas chiquillo! ¿Qué grave pecado puedes haber cometido tú, infeliz? ¿Que crees haberte enamorado de una mujer bonita...? ¿Es eso? ¡Bah! Lo primero que tenemos que averiguar es si realmente te has enamorado, si ella te quiere a ti, si te merece y qué ha sido, por fin, de aquella vocación tuya tan edificante.

JUAN. Edificante, no sé. Sincera, sí, tío.

OBIS. ¡Qué sabemos aún! Ya volveremos a hablar de este asunto cuando estés más tranquilo, cuando tú solito y sin andadores hayas descubierto la verdad de tus sentimientos; dentro de días o de semanas; yo no tengo prisa. Entonces, si sales triunfante de esta prueba, si es firme tu vocación, yo seré su primer defensor. Pero si me convenzo de lo contrario, vive advertido de que por encima de ti, de tu orgullo, de la manía de tu padre y del mundo entero, por nada ni por nadie consentiré que se realicen tus antiguos propósitos. (*Por el foro derecha asoma el Duque.*)

DUQUE. ¿Qué pasa?

OBIS. Nada, no es nada. ¿Qué va a pasar, hombre?

Sencillamente, que has estado a punto de sorprender una conversación interesantisima que teníamos aquí mano a mano, como dos simples mortales, el santo y yo.

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es por la tarde. Al levantarse el telón no se ve a nadie en escena. Por el foro derecha salen la Marquesa, el Marqués y Marsilio. Ella viene de velito.

MARQU. ¿Qué hay, Marsilio?
MARS. Vamos viviendo, señora Marquesa. ¿Y la señora Marquesa, cómo está? ¿Y el señor Marqués?
MARQ. Así, por lo mediano.
MARQU. ¡Por lo mediano..., por lo mediano...! ¡Muriéndote, hombre; di la verdad!
MARQ. ¿Tú crees? ¿No exagerarás un poquitillo?
MARQU. Di que tú fuiste siempre muy modesto. Eso te ha perjudicado toda la vida.
MARQ. Bien, pero en la muerte...
MARQU. ¡Lo mismo! Si te dieras cuenta, te prepararías mejor a bien morir.
MARQ. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bueno! Ya lo oyes, Marsilio: estoy muriéndome.
MARS. ¡Je! ¡Qué señora Marquesa...!
MARQ. Famosa..., famosa...
MARQU. ¡Evaristo!
MARQ. ¡Ay! ¿Qué, mujer?
MARQU. ¡No me desesperes!
MARQ. Bueno.
MARQU. (*A Marsilio.*) Dígale al señor Duque que estamos aquí.
MARS. En seguida. (*Mutis por la izquierda.*)

MARQ. Te suplico..., te suplico que antes de pronunciar cada palabra la pienses mucho.

MARQU. ¿Por qué lo dices? ¿He cometido alguna vez en mi vida alguna inconveniencia? Tú eres quien debes tener cuidado. Eres el rey de las planchas.

MARQ. Es que, por mucha confianza que tengamos con Juan, hay cosas tan delicadas, tan íntimas, que... Además, que si, como dices, todo el mundo esta enterado, también lo sabrá Juan. El solito resolverá la situación de su hijo, sin necesidad de consejos ajenos.

MARQU. Yo cumplo con un deber advirtiéndole. Y mi satisfacción será inmensa si con mis consejos leales al padre logro salvar al hijo; que vuelva al camino del que se ha desviado. (*Por detrás del respaldo de un sofá asoma la cabeza Julito, como un muñeco de resorte.*)

JULITO. Esta sí que... ¡Buenos días!

MARQ. (*Asustado.*) ¡Ay..., ay...!

MARQU. ¡Jesús!

JULITO. No se asusten, que soy yo.

MARQ. Ya, ya.

MARQU. ¿Qué hacías ahí escondido, rico?

JULITO. ¡Je! Jugar a los rompecabezas. Me regaló uno Enrique, el novio de Isabel. Lo tengo escondido detrás del sofá, ¡ju!, y lo compongo en el suelo. ¡Ju, ju, ju!

MARQU. ¡Qué monada! ¿Nos lo enseñas, precioso?

MARQ. A ver, a ver...

JULITO. Al Marqués, bueno. A usted, no.

MARQU. ¿Por qué, encanto?

JULITO. ¡No es para señoras!

MARQU. (*Irónica.*) ¡Qué delicia...!

MARQ. ¡A ver, a ver!

MARQU. ¡Evaristo!

MARQ. Digo, no. ¡No, mujer! ¡Si es que...! ¡Je! Qué delicia, ¿verdad?

MARQU. Mucha. ¡Qué mono!

JULITO. ¡Ju, ju! Enrique es muy simpático.

MARQU. Muy mono también. Y dime, dime, ¿qué noveda-

des hay por esta casa? ¿Al fin se va tu primo al Seminario?

JULITO. Ayer por la mañana oí que le decía al tío Juan que quería irse hoy.

MARQU. ¿Ah, sí?

MARQ. ¿Ves tú, mujer?

JULITO. Sí. Y por la tarde oí que le decía al tío Obispo que tal vez se fuera mañana; pero que no era seguro, porque quería pensarlo mejor.

MARQU. Mira...

JULITO. Y por la noche... ¡Ju, ju! Por la noche estaba yo detrás del sofá haciendo el rompecabezas, y Nora y él estaban sentados en el sofá. Y oí que le decía que no se iría nunca. Fué un paso que... ¡Ju! ¡Qué gracioso!

MARQU. Mucho, ¡muy gracioso! ¿Y qué más, hijito, qué más?

JULITO. Pues... que también oí más cosas. Y aun las vi. ¡Je!

MARQ. Pero ¿no estabas detrás del sofá?

JULITO. Sí; pero asomaba la cabeza de cuando en cuando. Hasta que Nora se fué corriendo. Siempre acaban lo mismo.

MARQ. (*Encandilado.*) ¿Y qué cosas viste?... ¿Qué cosas viste?

JULITO. No son para vistas.

MARQU. Como el rompecabezas, ¿verdad?

JULITO. Igual, igual... Esta mañana ha vuelto a decir que se va; pero yo no lo creo. Bueno, ni yo ni nadie. El único que lo cree es el tío Juan, que es tonto. ¿Pero yo? ¡Uh! (*Confidencial.*) Y sé que es novio de Nora.

MARQU. (*Irónico.*) ¿Qué me dices?

JULITO. Ella le huye muchas veces; pero él... ¡Tente, lengua!

MARQU. ¿Ves tú, Evaristo?

MARQ. No me digas nada, mujer; estoy atolondrado. ¡Qué cosas, Señor; qué cosas! (*Por la primera izquierda salen Juan e Isabel. Julito se va corriendo por el foro izquierda.*)

ISABEL. Pilar..., Evaristo..., ¿qué tal?

MARQU. Hola, niños. (*Saludos.*)
ISABEL. Papá, que paséis allá adentro.
MARQ. ¿Qué hay, pollo? Nos han dicho que se retrasa tu marcha.
JUAN. No, señor; me iré, probablemente, mañana.
MARQU. ¡Ah! ¿Mañana?
JUAN. Probablemente.
MARQU. ¿Pues sabes lo que te digo, hijito? Que me parece muy acertado.
JUAN. Y yo le agradezco a usted esta opinión; pero en materia tan delicada, sólo debo tener en cuenta la mía... y la de mi confesor.
MARQU. La del confesor después, ¿no?
JUAN. No, señora. A un tiempo mismo, porque es la voz de mi conciencia.
MARQU. Ya, pues celebro coincidir con los dos. Porque coincido, ¿no? (*Juan calla.*)
ISABEL. ¿Pasan ustedes?
MARQ. Sí, sí; vamos. (*Todos ellos hacen mutis por la primera izquierda. Inmediatamente, en cuanto la escena queda sola, sale Nora por la derecha. Su actitud revela que ha escuchado la escena anterior. Se acerca a la puerta por donde se han ido y mira un momento. En seguida se aparta, y huye al ver salir a Juan.*)
NORA. ¡Jesús!
JUAN. ¿Adónde vas, mujer...? ¿Por qué me huyes?
NORA. No sé..., deja.
JUAN. No quiero dejarte, no tengo alma para dejarte huir. Anoche también escapaste de mi lado. Mis brazos ya no tienen fuerza para retenerte.
NORA. Tengo miedo a tus brazos, Juan.
JUAN. ¿Tanto mal te han hecho?
NORA. Si no creyera de verdad que estás loco, te contestaría que eres un infame.
JUAN. ¿Por quererte como te quiero?
NORA. Por atreverte a decírmelo, cuando dices a los otros que te vas.
JUAN. No hagas caso de lo que digo a los otros, ni siquiera de lo que me digo a mí mismo a solas con mis remordimientos y mi terror. La única

verdad es la que te digo a ti: que te quiero con toda la fuerza de mi alma y de la sangre de mis venas, que no podría vivir sin ti, que lo que siento me avergüenza, y quisiera odiarte, y no verte más, y olvidar las horas más felices de mi vida que pasé en tus brazos; pero que no podré olvidarte nunca, que te adoro, que eres para mí la desdicha mayor y la felicidad más grande: el fracaso de mi virtud y el triunfo de mi vida, que esto es un crimen...

NORA. ¡Juan...!

JUAN. ¡Un crimen, sí; pero sin el que yo no podría vivir, aun a conciencia de que lo es, aun con la seguridad que tengo cuando estoy contigo de que, al separarme de ti, me atormentarán los remordimientos.

NORA. Pero ¿por qué, Dios mío? ¿Un crimen por qué? ¿Ves cómo estás loco?

JUAN. ¡Por ti!

NORA. No sé por qué. Nuestro amor, que por impetuosidad tuya y por inconsciente locura mía empezó con una grave falta, podría ser muy pronto, si tú me quisieras de verdad, una felicidad muy grande, bendecida por Dios.

JUAN. ¡Dios no puede perdonarme así!

NORA. No blasfemes.

JUAN. Me llamó por otro camino, y yo desoí su voz; falté a sus mandamientos y caí en el vicio.

NORA. ¡Juan! No me hables así, por caridad... Ten caridad.

JUAN. No llores... Perdóname, te lo pido de rodillas... No puedo verte llorar... ¡Nora de mi vida!

NORA. Déjame... Pero, ¿qué pretendes...? ¿Qué piensas? ¿Qué quieres de mí?

JUAN. No quiero pensar. Sólo sé que te quiero; ésa es la única verdad, ya te lo he dicho.

NORA. No, no, no... ¡Déjame...! Deja, ¡y óyeme tranquilo, si puedes!

JUAN. ¡Nora...!

NORA. Escúchame con serenidad y no me interrumpas. Yo también siento remordimientos; pero más

por ti que por mí. He destrozado tu vida..., tus ilusiones. Mi honor podría rehabilitarse...; pero...

JUAN. El honor es lo primero para el mundo. Para un espíritu cristiano, la conciencia vale más.

NORA. Para el mundo, es posible. Para una mujer que quiere ser honrada y cristiana, la conciencia y el honor son la misma cosa. Hoy veo claro que no quieres o no puedes darme la única solución que yo podría aceptar.

JUAN. No es eso, Nora. No quieres comprenderme.

NORA. Demasiado que te comprendo; déjame seguir. Cuando estás a mi lado se encienden tus sentidos, y me quieres, y me atosigas, y me dices que no puedes vivir sin mí. Creo que eres sincero; pero también lo eres cuando no me tienes delante y dices que tu vocación es tan firme como siempre y que te irás pronto. Te aterra, lo mismo que a mí, el que tu padre pueda llegar a descubrir la verdad de nuestras relaciones... Y con todo ello te atormentas y me atormentas. Pero esto se acabó...

JUAN. ¡Nora!

NORA. No quiero que por mí sufras; tampoco yo puedo resistir más. Y para que vuelva la paz a tu alma, te anuncio que hoy mismo saldré de esta casa, y que no volverás a verme nunca más.

JUAN. ¡No!

NORA. ¡Sí!

JUAN. Eso no puede ser. Tú y yo no podemos separarnos así. Me moriría si no te tuviera cerca. Yo seré tu esclavo, tu esposo; lo que tú quieras. Renunciaré por ti a mi vocación, arrostraré el disgusto de mi padre...

NORA. ¿Renunciarás a tu vocación? ¿Luego sigues creyendo en ella?

JUAN. ¡Te quiero!

NORA. ¡Déjame, por Dios! (*Por el foro izquierda sale el Obispo.*)

OBIS. Hola, hola... (*Lo dice a modo de saludo, de buena fe.*)

JUAN. (*Nervioso.*) Hola.

NORA. (*Triste.*) Hola.
OBIS. (*Con guasa.*) ¡Hola!
JUAN. ¿Y por qué hola, tío?
OBIS. ¡Hombre! No querrás que te diga ¡ole!, como a los toreros.
JUAN. No; yo no soy torero.
OBIS. Ya sé; tú eres un santo.
JUAN. Tío...
OBIS. Ah, ¿no lo eres? Hijito, tu padre es quien lo dice. Yo ni entro ni salgo.
JUAN. Hasta luego. (*Mutis por el foro izquierda.*)
NORA. Por lo visto, él sí sale.
OBIS. Por lo visto.
NORA. Está nervioso.
OBIS. Puede.
NORA. Seguro.
OBIS. Cuando tú lo dices...
NORA. ¿Por qué, si yo lo digo?
OBIS. Tienes para saberlo más elementos de juicio.
NORA. ¿Por qué?
OBIS. Mujer, porque estabas aquí con él.
NORA. Ya...
OBIS. Claro. (*Pausa.*) Vaya, vaya...
NORA. Con su permiso, señor Obispo.
OBIS. ¿Me dejas solo?
NORA. Si usted no me manda otra cosa...
OBIS. Que te quedes, mujer. Digo, si no te contraría.
NORA. Al contrario. Creí que salía usted al jardín, a dar su paseíto de todos los días.
OBIS. A eso iba, sí. Pero entre el jardín y tu compañía, este viejo no puede dudar.
NORA. (*Sonriendo.*) Gracias.
OBIS. Gracias... a Dios, Nora.
NORA. ¿Por qué, señor Obispo?
OBIS. ¡Hace tantos días que no te veía sonreír!
NORA. Es que, desde que estoy aquí, ningún joven me había dicho una cosa tan linda.
OBIS. ¿Y te extraña oírsela a un viejo sacerdote? ¿Por qué? Ni por sacerdote ni por viejo tiene nada de malo el decir una verdad.

NORA. Eso, claro. Y que no puede haber nada malo en un hombre tan bueno.

OBIS. Gracias a ti también. Mira qué pronto me has devuelto la flor.

NORA. Muchas veces, antes de conocerle, oí decir que era usted un santo.

OBIS. Eso, no, hija. Un hombre bueno, quizá, por la misericordia divina; santo, no.

NORA. Sí. Tantas veces me lo dijo ella...

OBIS. ¿Ella...? Tu madre, ¿verdad?

NORA. Perdóneme...

OBIS. No, nenita... ¿Por qué? Tampoco hay nada malo en recordar aquello, puesto que tú lo sabes, cuando tu pobre madre ya no vive..., aunque viviera...; cuando yo soy desde hace muchos años un humilde, pero no indigno, ministro del Señor. El cariño aquél fué tan puro, que su recuerdo no puede manchar la pureza de mi vida. Quise mucho a tu madre hace treinta años... Ella también a mí. Pero se enamoró de tu padre, dejó de quererme: esto es todo.

NORA. ¿Dejó de quererle?...

OBIS. Sí. El otro día, cuando intentaba yo descubrir tus escapatorias matutinas y fingía contarte un cuento de cierto zagalillo, me cogiste tú a mí desprevenido, como a chiquillo en una travesura. Me turbé..., e hice mal. No tengo por qué ocultar que algunos días he ido a rezar un responso y a dejar unas flores sobre la tumba de tu madre.

NORA. (*Echándose a llorar.*) Señor Obispo...

OBIS. Hija... Pero ¿qué es eso, mujer? ¿Qué te pasa?

NORA. Señor Obispo..., ¿seguirá usted yendo a rezar allí, verdad?

OBIS. ¿Por qué no? Pero ven acá, tonta; siéntate. Aquí, a mi lado..., así. Confíame tus penas. Yo te quiero mucho, hija mía. Empiezo a quererte como... eso. Vamos a ver: te dije antes que hace días que no te veo reír, y es verdad. ¡Cómo has cambiado, Nora! Tanto como mi sobrino.

NORA. ¡Señor Obispo...!

OBIS. Es verdad. Cuando llegaste me parecías una chiquilla frívola, locuela, un poco ligera, quizá. Buena en el fondo, pero...

NORA. Tenía usted razón...

OBIS. En cambio, ahora me pareces otra.

NORA. Yo también me siento otra. En menos de un mes me parece que he vivido muchos años.

OBIS. Pero no conviene exagerar las cosas. Todos los extremos son malos... Antes, aquel reír continuo, aquel charlar sin tregua ni reposo..., la alegría que rebosaba de toda tu persona, y ahora... ¡Lo mismo que el otro, que está más loco que...!

NORA. Sí.

OBIS. Sí, sí, sí. Pero ¡ya es hora de que yo tome cartas en el asunto! Si no lo hice antes ha sido por dudar de sus sentimientos.

NORA. Ni él mismo los sabe.

OBIS. Pues yo le ayudaré a que los conozca. Desde hace años vengo resistiéndome a creer en su vocación religiosa, y por lo mismo, ahora que ya estaba casi convencido, me cuesta mucho no pensar que todo pueda ser una impresión de momento ante la primera mujer bonita que ha tratado con alguna intimidad.

NORA. Eso es, señor Obispo... Eso, seguramente, ha sido; pero...

OBIS. Pero... ¿y tú, nena?

NORA. ¡Yo le quiero más que a mi vida!

OBIS. ¡Pobre hija mía, pobre!...

NORA. Le quiero desde que llegué, y aquel mismo día empecé a provocarle. Lo ocurrido es culpa mía no más. Al principio influyó en mí, acaso sin darme cuenta, el amor propio de mujer, la satisfacción de interesar a un hombre que nunca soñó en amores.

OBIS. Ya lo sabía...

NORA. Pero después..., se lo juro a usted, después no fué eso. Para mí es este amor lo primero del

mundo; para él, sólo un capricho que pasará en cuanto yo me aleje de esta casa.

OBIS. ¿Qué sabemos aún?

NORA. Yo lo sé, y ya estoy resignada. No quiero que por mi causa perturbe su vida, su vocación, las ilusiones de su juventud. ¡Yo sería capaz de dar mi vida por su felicidad!

OBIS. ¿Tanto le quieres, hija...?

NORA. Tanto..., tanto, que... ¡No puedo quejarme a nadie! Lo ocurrido es culpa mía no más. (*Se levanta y se aleja del Obispo. Pausa.*)

OBIS. (*Acercándose a ella.*) Por segunda vez te oigo esa frase, y, te lo confieso, no acabo de entenderte. No sé qué pensar; es que no puedo pensar que...

NORA. Los hombres buenos nunca pueden pensar mal...

OBIS. (*Observándola con ternura.*) Sí, hija, sí; sí pueden. Todos pensamos mal. Lo que ocurre es que muchas veces no nos atrevemos a expresar nuestros pensamientos en voz alta.

NORA. Y si pensó usted mal... y acertó, ¿sería capaz de perdonarnos a los dos? (*Se arrodilla ante él.*)

OBIS. Hija mía... Cuando se ha tenido veinte años y se llega a los que yo tengo ahora, hay cosas que, si no se disculpan muchas veces, en cambio, se perdonan siempre.

NORA. (*Conmovida.*) ¡Señor Obispo...!

OBIS. Ahora yo te aseguro por mi honor y por mi sagrado ministerio, que Juan será tu esposo. ¡No faltaba más! (

NORA. El no me quiere...

OBIS. Yo no sé si habrá tenido o no vocación, pero sí estoy seguro de que es cristiano y bien nacido. No llores, cálmate... Yo te aseguro que todo se arreglará. Confía en mí.

NORA. Señor Obispo, es que...

OBIS. Calla, que vienen.

NORA. Yo me voy. (*Hace mutis por la derecha. Por la primera izquierda salen el Duque, el Marqués y la Marquesa.*)

MARQ. ¡Oh! Santiago, Santiago... (*Le besa el anillo.*)

OBIS. ¿Cómo estás, Evaristo? ¿Y tú, Pilar?

MARQU. Vamos viviendo, que no es poco. (*El Marqués, disimuladamente, se acerca al sofá, detrás del que se halla escondido el rompecabezas de Julito, e intenta mirarlo. Cuando se indique se le caerán los lentes por el hueco.*)

OBIS. (*Después de mirar a la Marquesa y al Duque.*) ¿Qué, de conferencia trascendental?

DUQUE. ¡Pchst!

MARQU. No lo sabes tú bien.

OBIS. ¿De qué se trata?

DUQUE. Ya te diré.

OBIS. Ah, ¿es un secreto?

DUQUE. ¿Secreto contigo? ¡Qué cosas tienes, hombre! ¿No acabo de asegurarte que ya te diré?

MARQU. Se trata de algo que ha de redundar en mayor gloria de Dios.

OBIS. No metas a Dios en tus intrigas, Pilar.

MARQU. ¿Por qué me dices a mí eso? ¿Yo? ¡Jesús! Te respeto demasiado para contestarte. No me quedaba otra cosa que oír.

OBIS. Pues, con vuestro permiso, yo me voy a dar mi diario paseíto. Os dejo con vuestros trascendentales asuntos y me marcho al jardín, a oír cantar a los hermanos pajarillos, cuyos trinos también redundan en mayor gloria de Dios. Mientras les oigo voy a meditar en lo que debo yo hacer por esa gloria. Yo también deseo trabajar para ella, Pilar; yo también, yo también... (*Y hace mutis por el foro derecha.*)

MARQU. ¡Evaristo! (*Evaristo no oye; está ocupadísimo en este momento. Se le han caído los lentes y se entretiene en buscarlos detrás del sofá.*) ¡Evaristo!

MARQ. ¡Ah! ¿Qué, mujer?

MARQU. ¿Qué haces, hombre?

MARQ. (*Oculto detrás del sofá.*) Se me han caído los lentes. Los estoy buscando.

MARQU. ¿Y qué tenías tú que hacer ahí con los lentes, sol mío?

MARQ. (*Asomando un momento la cabeza.*) Espera, mu-

jer, espera... Aquí están. (*Sale.*) ¿Qué me quieres?

MARQU. Escucha..., encantito.

MARQ. Dime..., vidita.

MARQU. ¿Por qué no te sales un ratito al jardín con Santiago, que ha ido a escuchar cómo cantan los pájaros?

MARQ. Bueno. (*Mutis por el foro derecha.*)

MARQU. Es mejor que no esté presente durante nuestra conversación con Juanito. A lo mejor comete una inconveniencia.

DUQUE. A tu gusto. (*Toca un timbre.*)

MARQU. Yo no sé si tú apreciarás como es debido mi intervención en este asunto; lo que te acabo de decir...

DUQUE. Espera. (*Por el foro izquierda sale Marsilio.*)

MARS. ¿Señor Duque?

DUQUE. Sí, Marsilio. Dígale al señorito que haga el favor de venir aquí.

MARS. En seguida. (*Mutis por el foro izquierda.*)

DUQUE. Yo no sólo lo aprecio, Pilar, sino que te agradezco muy sinceramente tu intervención. Santiago me aconsejaba esperar. Yo atiendo siempre sus consejos; pero en este caso mi conciencia me indica otra cosa. Tú me has hecho comprender que las relaciones de mi hijo con esa locuela son ya más que un *flirt;* temo que pueda convertirse en una pasión funesta por todos conceptos..., perjudicial para su alma. Y eso estoy resuelto a evitarlo.

MARQU. ¡Muy bien! (*Por el foro izquierda sale Juan.*)

JUAN. ¿Me llamabas, papá?

DUQUE. Sí, hijo.

JUAN. ¿Qué quieres?

DUQUE. Algo que me violenta mucho decirte. Mira, hijo mío; yo..., lo confieso, vivo siempre un poco en las nubes, y en esta casa he sido el último en enterarme, en tener la seguridad, mejor dicho, de cierto sentimiento tuyo incompatible a todas luces con el estado religioso que, voluntariamente, quieres tomar.

JUAN. Que quisiera tomar...
DUQUE. ¿Que quisieras...?
JUAN. Sí, padre. Yo también deseo hablar largamente contigo. Te pido, únicamente, que demores nuestro mutuo deseo.
DUQUE. ¿Por qué?
MARQU. ¿Por estar yo presente, quizá?
JUAN. Perdone usted, Pilar; no sólo por eso. Es natural que yo prefiera hablar de esto a solas con mi padre; pero antes tal vez necesite hablar con otras personas, pedirle a Dios que me ilumine y me dé la serenidad suficiente para resolver una situación angustiosa.
MARQU. Ya. Por lo que a mí toca te diré que si estoy aquí es porque he creído de mi deber advertir a tu padre de lo que ocurre, que sepa los rumores y las murmuraciones que sobre ti andan por ahí...
JUAN. ¿Por ahí? ¿Qué dicen?
MARQU. Que estás loco por una mujer.
JUAN. ¿Y qué más?
MARQU. Otras cosas. Entre ellas, que esa mujer se está burlando de ti.
JUAN. (*Enérgico, en una explosión de su orgullo de hombre.*) ¡Eso es mentira!
DUQUE. (*Severo.*) ¡Juan!
JUAN. ¡Perdón...! (*Pausa.*)
DUQUE. Mira, hijo. Yo no puedo obligarte, ni quiero, ni debo, a que seas sacerdote. Si desistes, será un desengaño más de los muchos que me ha dado la vida; pero tu voluntad y tus sentimientos serán los que decidan. Unicamente te suplico que lo pienses bien, que sepas a qué atenerte..., que no quieras encender una vela a Dios y otra al diablo.
JUAN. ¡Papá...!
DUQUE. ¿Qué dices?
JUAN. Que creo que mi vocación es sincera; que mi mayor anhelo está en comenzar pronto mis estudios en el Seminario; que me apenaría con

toda mi alma darte un disgusto muy grande, pues sé cuáles son tus ilusiones; pero...

MARQU. Hay un pero...

JUAN. Muy importante, sí, señora. (*A su padre.*) Yo te prometo que hoy se decidirá todo y que tú lo sabrás antes que nadie; pero antes de decirle fijamente, para no volverme atrás ya nunca, lo que puedo hacer mañana... es absolutamente preciso que tenga una conversación con Nora.

DUQUE. ¿Para qué?

JUAN. Es preciso, papá.

DUQUE. Pues óyeme bien. Voy perdiendo toda esperanza de que mis ilusiones se realicen...

JUAN. Aún no debes perderlas. No se pueden borrar en unos días los propósitos de muchos años.

DUQUE. Espera. Me consolaré pensando que Dios no lo ha querido. Si no quieres, no serás religioso; pero, pase lo que pase, vive advertido de que, siempre..., óyelo bien, ¡siempre!, me opondré con toda mi energía a tus amores con esa mujer.

JUAN. ¡Papá...!

DUQUE. Ya lo sabes.

MARQU. ¡Muy bien!

JUAN. No digas eso, papá... ¡No me digas eso!

DUQUE. ¿Tanto la quieres?

JUAN. No sé si la quiero, ¡pero no me digas eso! Ya hablaremos luego, te explicaré... Mi propósito ya sabes cuál es. Luego hablaré contigo... Pero déjame antes hablar con ella.

DUQUE. (*Muy nervioso.*) En fin..., en fin..., en fin...

JUAN. ¡Papá, por Dios...!

DUQUE. ¡Por Dios! (*Queda mirando fijamente el retrato del Cardenal.*) En fin..., en fin... ¡Mi ilusión perdida!

JUAN. Todavía no, papá. ¡Te lo juro!

DUQUE. No jures..., no jures... (*Sale Nora por la derecha.*)

NORA. Marquesa..., ¿qué tal?

MARQU. ¡Hola, nena!

DUQUE. ¡Nora...!

NORA. (*Inquieta.*) ¿Qué hay, tío?

DUQUE. Nada. Vamos, Pilar. (*A los chicos.*) Os dejamos aquí, a solas.

JUAN. ¡Papá...!

DUQUE. ¿No era eso lo que tú querías?

JUAN. Sí, papá; eso era.

DUQUE. Pues vas a quedar complacido.

MARQU. (*Al Duque.*) Yo voy a buscar a mi marido. Le dejo en casa y vuelvo en seguida. Cuestión de unos minutos.

DUQUE. Hasta luego, Pilar. Y gracias.

MARQU. ¡Por Dios! Hasta ahora mismo. (*Mutis por el foro derecha.*)

DUQUE. ¡Mi ilusión perdida...! (*Mutis por la primera izquierda.*)

NORA. (*Aterrada por la actitud del Duque.*) ¡Juan...! ¿Lo sabe?

JUAN. No lo sabe, no; tranquilízate. Pero tiene que saberlo.

NORA. (*Con angustia creciente.*) ¡Tiene que saberlo. .!

JUAN. Oyeme, Nora..., y no temas en este momento a mis impetuosidades, a mis locuras... Oyeme. es necesario, absolutamente preciso, que tú y yo hablemos unos instantes serenamente y con entera sinceridad.

NORA. Serenamente..., sinceramente. No deseo otra cosa. Dime, pues.

JUAN. Ante todo quiero pedirte perdón... Sí, perdón por todo el mal que haya podido hacerte.

NORA. ¡Bah! Tú también tienes que perdonarme a mí.

JUAN. ¿Yo a ti?

NORA. He perturbado tu vida, tu vocación. ¿Qué vale el mal de mi vida comparado con el de tu espíritu? Te perdono, Juan, te perdono.

JUAN. Y yo a ti. ¡Con toda mi alma!

NORA. ¿Ves cómo tú también tenías que perdonarme? Ya estamos perdonados mutuamente. ¿Algo más?

JUAN. Algo más, sí. Voy a hacerte una pregunta. De lo que me contestes dependerá nuestra vida entera.

NORA. ¿Nada menos? Venga la pregunta.

JUAN. Nora, ¿quieres ser mi mujer?
NORA. ¿Así... me lo preguntas?
JUAN. Con toda mi alma también.
NORA. Gracias... Eres un caballero.
JUAN. ¿Y qué contestas?
NORA. Lo haré con toda sinceridad, como me has pedido. Mas, para ser yo sincera, necesito que tú lo seas también.
JUAN. Yo lo estoy siendo. ¿Lo dudas?
NORA. No. Dime, pues, lealmente, antes de que yo te conteste... Si yo te dijera que... ya no te quiero..., que ya no puede ilusionarme el matrimonio contigo, ¿tú qué harías, Juan?
JUAN. No sé...
NORA. Yo sí sé lo que harías. Primero, rabiar un poco; tu amor propio se mortificaría. Después..., después, con la conciencia más tranquila, te irías al Seminario.
JUAN. Después, no. Mañana mismo; hoy mismo tal vez.
NORA. ¿Te irías hoy mismo?
JUAN. Es posible.
NORA. ¡Vete, pues!
JUAN. ¿Qué dices, Nora?
NORA. ¡Vete, pues! Mi situación es triste, muy triste; pero hay algo más fuerte que mi situación misma: el suplicio de tener que estar toda la vida en unión de un hombre como tú...
JUAN. ¡Nora!
NORA. No he querido ofenderte, perdona; perdonémonos mutuamente otra vez, y déjame terminar la frase: de un hombre como tú, que nació para consagrarse a la Iglesia y que, por un impulso de caballerosidad, me ofrece, más que su cariño, su nombre, sin haberme querido nunca. ¡No protestes, Juan! Crees haberme querido, pero tú eres el primero en dudar ya si lo que sientes es amor verdadero o un ciego impulso de tu juventud naturalmente rebelde.
JUAN. ¿Pero tú...?
NORA. Yo... ¡Yo...! (*Pausa. Por los ojos de Nora pasa*

la sombra de un pensamiento trágico, de una resolución suprema...) No te preocupes por mí. Yo... ya no te quiero, Juan..., ya no podré quererte, Juan... (*Pausa. El, haciendo un supremio esfuerzo de voluntad, se sienta muy conmovido en un butacón. Ella va hacia la terracita, y, medio de espaldas al público, apoya una de sus manos en el quicio de la puerta y contempla el jardín para que no se vean sus lágrimas. Así permanecen los dos inmóviles durante una pausa muy larga. Por fin Juan se levanta y se acerca a ella.*)

JUAN. Gracias, Nora. (*Se miran a los ojos... Sus manos se encuentran.*)

NORA. ¿Adiós?

JUAN. Espero que aún nos veremos después. (*Sale el Obispo por el foro derecha.*)

OBIS. (*Observándoles.*) ¿Qué es eso? ¿Qué os pasa?

NORA. Nos despedíamos.

OBIS. (*Estupefacto.*) ¿Qué?

NORA. Sí. Juan se marcha hoy al Seminario. (*Y hace mutis por el foro derecha al jardín, despacio, con el alma envenenada, pero con paso firme.*)

OBIS. ¡Bueno, bueno! Estáis locos los dos.

JUAN. Es verdad lo que ha dicho. Con tu consentimiento, quiero marchar hoy mismo.

OBIS. ¿Con mi consentimiento? ¿Pero me hablas en serio?

JUAN. (*Desconcertado.*) ¡Tío...!

OBIS. ¿Pero tú crees que voy a permitir que sigáis jugando con vuestros sentimientos, complicando vuestra vida con psicologías absurdas, atentando a vuestra felicidad? ¡Sois unos chiquillos! Antes dije que locos, pero voy creyendo que tontos nada más. Bueno, tonta ella, que tú... te quiero hacer el favor de no llamarte más que inconsciente.

JUAN. Es que...

OBIS. Es que Nora, más sincera que tú, ha tenido la lealtad... o el egoísmo, lo que sea; pero me lo ha dicho...

JUAN. ¿El qué?

OBIS. Lo que sólo de tus labios debía yo saber...

JUAN. Perdóname.

OBIS. ¡Y dale! No soy yo, sino Dios, quien tiene que perdonarte.

JUAN. ¿Cómo?

OBIS. ¿Y me lo preguntas tú, que has tenido el desmedido orgullo de imaginar que llegarías a ser un digno ministro suyo? ¿Tú, que no has sido capaz de resistir la primera prueba, y que, después de caer en la tentación con la primera mujer bonita que tenías cerca, en vez de humillarte, has continuado terco y vanidoso, sin dominar uno de los dos fuegos que arden en tu pecho? Ya no es posible la elección. ¿Tú no sabes cómo te puede perdonar Dios? Pues por medio de sus Sacramentos, sobrino. Yo te administraré el del matrimonio con muchísimo gusto.

JUAN. Ella no quiere...

OBIS. ¡Claro! A saber cómo se lo habrás ofrecido tú.

JUAN. No sé cómo. Violentándome, es cierto; por cumplir con un deber mundano, con el disgusto de la pena inmensa que causaría a papá. (*En este momento, del jardín llega hasta la escena un grito terrible; uno de esos gritos que paralizan los sentidos y hielan la sangre de quien los escucha. El señor Obispo y Juan enmudecen, espantados. Durante unos instantes permanecen quietos, mirándose con ansiedad, sin atreverse a hablar, y esperando algo que no saben a punto fijo lo que es. Pausa. Por el foro derecha sale la Marquesa en actitud de terror. Al ver en escena al Obispo y a Juan se detiene en la puerta y los mira con ojos de loca.*)

OBIS. ¿Qué..., qué?

MARQU. ¡Santiago...!

ISABEL. (*Saliendo por la primera izquierda.*) ¿Qué pasa...? ¿Qué ha sido?

MARQU. (*Señalando al jardín con una mano temblona.*) ¡Allí..., allí...! (*El Obispo, Isabel y la Marquesa hacen mutis despavoridos. Juan intenta seguir-*

les; pero su terror lo domina, y se queda solo en escena, indeciso. Al fin, se deja caer en una silla, ante una mesa pequeña, en actitud de espera trágica. Los segundos son siglos para él... Un momento junta sus manos y eleva sus ojos al cielo en súplica desesperada.)

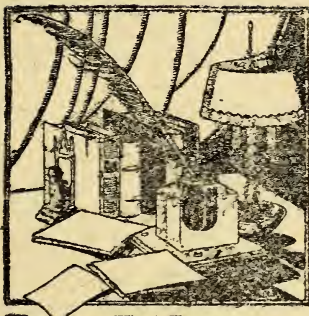
JUAN. ¡No, Dios mío, no! (*Más pausa.*) ¡No...! ¡No...! ¡Eso, no, Dios mío; eso, no! (*El horizonte, que se ve tras el ventanal y por el foro derecha, se ha teñido de rojo del atardecer. Vuelve el señor Obispo, pálido y desencajado, y se detiene cerca de la puerta, mirando fijamente a su sobrino. Este se levanta y le interroga ansioso con la mirada. Al hallar en los ojos de su tío respuesta para su pregunta, se deja caer nuevamente de bruces sobre la mesita.*) ¡Jesús! (*Llora desesperado.*)

OBIS. Llora, sí..., ¡llora...! Dios la ha perdonado por mi mano en el momento de expirar... Tú, no sé cuándo merecerás su perdón.

JUAN. ¡El lo ha querido!

OBIS. ¡¡No!! ¡No blasfemes ahora también! Dios no puede querer monstruosidades. Permite que las cometan los hombres en su libre albedrío; ¡pero El no las quiere! Y ahora menos que nunca consentiré que te hagan sacerdote. ¡Ahora, no! Primero tienes que purgar tus pecados, humillar tu alma y tu corazón ante la monstruosidad de esta culpa, sentir sobre tu conciencia la muerte de esa pobre..., de la que tu soberbia es responsable. Y cuando Dios, en su infinita misericordia, se digne perdonarte, entonces podrás ser un humilde religioso y hacer con tus penitencias más por su gloria que siendo Cardenal, como soñaba tu padre. Mientras tanto, para que la desesperación no se adueñe de ti, llora, Juan, llora... ¡llora!

TELON RAPIDO





Imp. Sáez Hermanos. Norte, 21
Teléfono 16244. — Madrid.